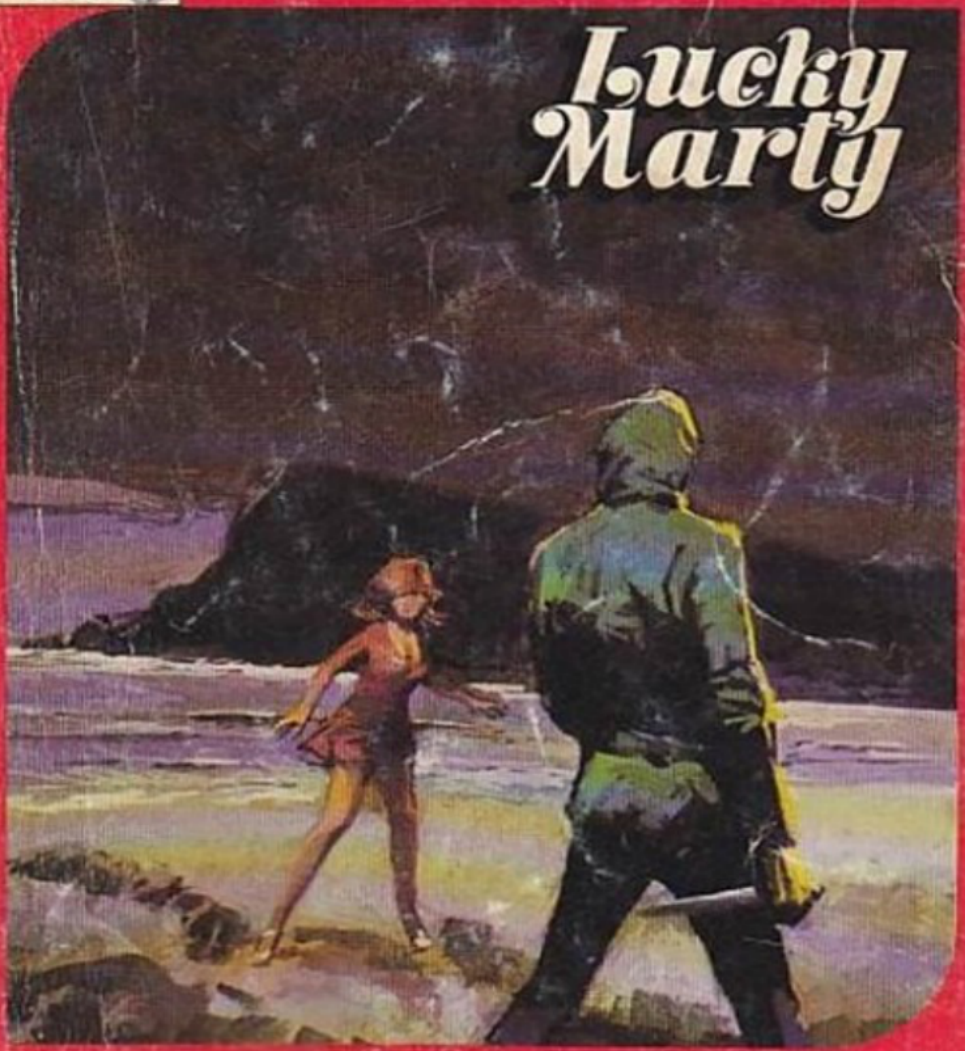
tam tam

NOVELAS ECSA

LA MUERTE TOMABA EL SOL



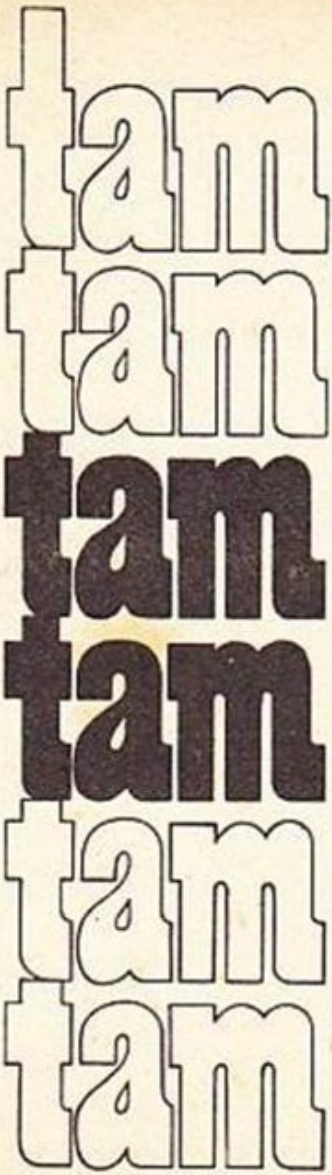
Lucky Marty

LA MUERTE TOMABA EL SOL

Lucky Marty

Colección TAM-TAM n.° 28
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona (23)



NOVELAS
ECSA

ISBN 84 7518-051-5
Depósito legal: B. 35.181-1982
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: diciembre, 1982
2ª edición en América: junio, 1983

© Lucky Marty — 1982 texto
© Lozano — 1982 cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona - 23
Impreso en los Talleres Gráficos de
EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1982

Para los que ambicionan el poder, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio.

TÁCITO

CAPÍTULO PRIMERO

—¡QUIERO alquilar una isla!

El empleado de la agencia de viajes puso más atención ante el posible cliente que tenía ante él, fijándose en que, al igual que su insólita petición, aquél no era un hombre normal.

Al menos, no era normal en cuanto a su indumentaria.

Alto y fornido, como de unos cincuenta años pero conservando toda su energía y vigor, aquel individuo lucía un blanco turbante en la cabeza que, a guisa de brocha, remataba en una gran esmeralda que lanzaba verdes destellos.

Más que tostado por el sol, su anguloso rostro mostraba el típico color de muchos hindúes, al igual que sus largas manos, bien cuidadas, y que también lucían dos anillos con brillantes de regular tamaño.

La blanca chaqueta que llevaba estaba abotonada hasta el cuello y al joven empleado se le antojó pensar que, con toda seguridad, aquella larga hilera de botones debían ser de oro. El bigotito y la breve perilla de aquel hombre imponente eran intensamente negros, lo mismo que sus grandes ojos que parecían brillar como carbones encendidos.

Todo empleado de una agencia de viajes está más que habituado a ver y tratar con toda clase de gente, en función de su trabajo. Hombres y mujeres de las razas y posiciones más diversas, acuden para contratar sus vacaciones, sus pasajes, las reservas de hoteles y todo lo que se ofrece en la publicidad y los catálogos.

De cualquier manera, al joven Peter Greem se le antojó que aquel cliente era un cliente «especial».

Por eso se levantó sonriente y amable, al indicarle:

—Haga el favor de seguirme, señor.

Souli-Kandra, en otros tiempos príncipe y maharajá de Bangalore, preguntó con actitud displicente:

—¿Qué pasa, joven? ¿No tienen ninguna isla disponible?

—Mi jefe le atenderá; por favor, señor… señor…

—¡Príncipe! —le atajó en el acto—. Príncipe Souli-Kandra.

—Sígame, Alteza. Por favor.

Cuando el encargado de la agencia de viajes les vio entrar en su despacho, levantándose indagó:

—¿Qué pasa, Peter?

—Su Alteza, el príncipe Souli-Kandra, quiere alquilar una isla, Mark —aclaró el empleado.

Mark Joley también prestó más atención al personaje que le acababan de presentar. De genio vivo y temperamento alegre, pese a la arrogancia, aquel tipo se le antojó un tanto fantoche, por su elegante pero llamativa indumentaria y la ostentación del lujo oriental que le daba la gran esmeralda del blanco turbante y los destellos que despedían sus anillos de brillantes.

Con gesto mudo pero elocuente, la mano de Mark Joley le ofreció que se sentase frente a la mesa de despacho que ocupaba él, viendo que el hindú elegía:

—Prefiero sentarme aquí.

La elección caprichosa del imponente individuo le molestó. Se había sentado frente a la mesa de la rubia Nori Dawison, la joven y bonita secretaria de Mark Joley, con la que el encargado de la agencia de viajes mantenía —en un secreto a voces para el resto de los empleados—, otra clase de «relaciones» que no eran simplemente las de trabajo.

Naturalmente, la coqueta Nori Dawison sonrió halagada, pero muy en sus funciones y discretamente, la muchacha se levantó a su vez y se puso a examinar un archivo. Mark Joley tuvo que trasladarse de mesa y, nuevamente ante aquel cliente quiso confirmar, con la mejor de sus sonrisas:

—¿ha dicho que desea alquilar una isla, Alteza? —Eso le he dicho a su empleado, pero parece que hay algún inconveniente. ¿Es así?

—No lo hay, Alteza; podemos ofrecerle algunas en la costa de California y…

—Yo la quiero en el Pacífico —le atajó, siempre autoritario e imperativo. Mark Joley fue a desplegar un catálogo, cuando nuevamente le atajó:

—De ser posible, en pleno corazón del Gran Océano. Aquel tipo empezaba a serle antipático, sobre todo porque sus negros y golosos ojos no dejaban de observar, y sin reprimirse, las sugestivas caderas de Nori Dawison, que a Mark Joley le pareció las movía con exceso, mientras su secretaria se inclinaba sobre el archivador.

Quizá por eso le apuntó:

—¿Qué le parecería Australia, Alteza?

Si creyó que le iba a desconcertar, se equivocó, porque tranquilamente le argumentó:

—No, no… Excesivamente grande y poblada.

—Hoy en día ya no hay islas vírgenes, Alteza.

—¡Qué lástima! Yo creí que en una agencia de esta categoría…

—Me refería a islas despobladas, Alteza.

—No necesito que esté totalmente deshabitada —indicó—. No voy a

jugar a Robinson Crusoe. Simplemente deseo que no haya más turistas que nosotros.

—Concrete eso, Alteza.

—Quiero decir a un cierto número de nuestros accionistas. ¡Soy el vicepresidente de la Latus Oil and Company!

Al oír aquel nombre, Mark Joley se tomó mayor interés por la posible contratación. La Latus Oil and Company era una de las más sólidas y prósperas compañías petroleras del país, y si se trataba de alguna convención de ciertos accionistas, podría ser que…

—¿Cómo cuántos serían, Alteza?

—Unos cincuenta.

Mark Joley se puso a examinar otros catálogos, hasta que ofreció:

—¿Qué le parece el grupo de las Samoa? ¡Eso sí que está en pleno corazón del Pacífico!

—¡Me gusta! —se interesó.

Más animado, Mark Joley se puso a informar:

—Fíjese bien, Alteza: en el archipiélago de las Samoa, tenemos contactos con las islas Upululu, Tetuita, Sawai y Tokelau. Todas ellas tienen playas de doradas arenas, brisas frescas y, por supuesto, modernos complejos turísticos, con hoteles de máxima categoría.

—Eso es lo malo, joven. ¡Que acudirá mucha gente!

—No lo crea, Alteza: son islas muy remotas, a las que sólo pueden acudir los privilegiados de la fortuna.

—Por el precio no me importa —puntualizó el personaje—. Pero lo que deseamos nosotros es un sitio apacible y tranquilo. La Latus Oil and Company quiere ofrecer a sus más importantes accionistas unas vacaciones pagadas, de las que todos regresemos muy satisfechos.

—Para eso yo le aconsejaría la isla que está más al norte. En Upululu sólo hay dos hoteles, algunas fincas particulares que también suelen alquilar sus propietarios, sin que por eso falte allí nada de lo esencial.

Por propia iniciativa, la rubia Nori Dawison se acercó con otro catálogo al indicar, inclinándose sobre la mesa, que ahora ocupaba su jefe y aquel caprichoso cliente:

—Puede leerlo. Alteza; puerto deportivo, pistas de tenis y de golf, piscina en cada uno de los hoteles, un pequeño casino y…

—Algo así como un pequeño Montecarlo, Alteza —intervino Mark Joley.

—Bien, bien, bien… Eso puede gustarme —dijo Souli-Kandra—. Pero a condición de reservar los dos hoteles para nosotros.

—Puede conseguirse, Alteza. Si nos da algún tiempo, nuestra agencia…

—¿Qué le parece un mes, joven?

—Hay suficiente, Alteza. Avisaremos a Upululu y organizaremos el viaje.

—¡No! —atajó al instante—. Eso no hace falta: disponemos de varios yates.

Mirando por las ganancias de la agencia, Mark Joley a su vez se apresuró a argumentar:

—Es un viaje muy largo, Alteza. Desde San Francisco a las Samoa hay miles de millas y… Cualquier compañía aérea puede llevarles cómodamente en pocas horas, o bien contratar un vuelo *Charter*. También podemos cuidarnos de eso.

—Nos servirá como un crucero de placer —siguió rechazando el cliente.

—Usted decide, Alteza, pero…

—¡No se hable más, joven!

Y al instante, sacando su talonario de cheques clavó sus negros ojos en las pupilas grises del asombrado Mark Joley e indagó:

—¿Qué nos puede costar todo eso?

—Bueno… Habría que hacer los presupuestos según el número y los días de estancia, así como otros muchos detalles y…

—¿Le parece bien un depósito de doscientos mil dólares?

Mark Joley tuvo que buscar las pupilas intensamente azules de su secretaria Nori Dawison. Clientes como aquél no caían todos los días llovidos del cielo y tras breve vacilación honradamente admitió:

—No hace falta tanto, Alteza.

—Aquí los tiene: al portador, pero empiecen a trabajar.

—¿Me… me dijo que serían ustedes…?

—Cincuenta personas y disfrutaremos de las delicias de esa isla unas tres semanas. ¿Dijo Upululu, joven?

—Upululu, Alteza —repitió el asombrado Mark Joley.

—¿Cómo cuántos habitantes tiene?

—Pocos nativos, Alteza. Las más pobladas son Tetuita y Sawai, y por supuesto la central, Samoa.

—Quedamos en Upululu joven. Pasar unas vacaciones en Samoa, es como hacerlo aquí mismo o en Florida. ¡Excesiva gente!

La mano bien cuidada del rico hindú volvió a ofrecer:

—Ahí tiene mi tarjeta. Dentro de un mes lo quiero todo arreglado.

Guardó su cartera de fina piel de cocodrilo, se levantó y buscando la salida del despacho aún añadió:

—Otra cosa, joven.

—Usted dirá, Alteza.

Volvió a clavar sus ojos golosos en Nori Dawison, cuando insólitamente propuso:

—Me gustaría que la señorita nos acompañase.

—¿Có… cómo dice?

—Me ha oído perfectamente, joven.

—Pe… ¡Pero no es posible! La señorita Dawison trabaja aquí y no creo que…

—Nos acompañará como guía turística. ¿Le parece? O si lo prefiere de otro modo, como la responsable de todos los servicios que voy a contratar con esta agencia de viajes.

—Lo siento, pero…

—¡Por mí encantada, Alteza! —manifestó muy sonriente Nori Dawison.

Mark Joley la fulminó con la mirada, aunque tuvo que empezar a transigir diciendo:

—Bueno… Será otra cosa a tratar en el presupuesto. Yo, particularmente opino que…

—No me importa su opinión personal, joven —le atajó—. Y en cuanto a los presupuestos… ¡Tampoco!

Dio media vuelta y, sin esperar a que le acompañasen, deseó:

—Buenos días. ¡Hasta dentro de un mes!

—Buenos días, Alteza.

Cuando muy solemne y muy tieso pasó ante el largo mostrador y nuevamente vio a Peter Greem, su despedida fue:

—Es usted un inepto, joven. ¡Pero me alegro que haya tenido que recurrir a su jefe!

—Buenos días, Alteza —musitó el acomplejado empleado.

Le vio salir caminando como un rey, directamente a un soberbio Rolls-Royce cuyo chófer uniformado le abría la puerta del vehículo.

Peter Greem musitó para sí:

—¡Vaya un tipo!

Capítulo II

EN el despacho central, Mark Joley también exclamaba:

—¡No irás, Nori!

—¿Por qué no, Mark?

—Primero, porque tienes que trabajar aquí y nosotros no proporcionamos guías turísticos.

—¡Mal hecho! Sería un servicio más que…

—Segundo, porque eres una coqueta.

—¿Yoooo…?

—Y tercero, porque soy tu jefe y no me da la gana.

—¿Y vas a privarme de unas vacaciones así, Mark?

—¿Pero es que no te has dado cuenta cómo te miraba ese tipo?

—Con muy buenos ojos… ¡Y los tiene muy negros y atractivos! Yo diría más bien sugerentes…

—¡Pero si es un viejo, Nori!

—Nada de eso: tendrá unos cincuenta y está muy bien.

—A ti lo que te ha gustado es su esmeralda y sus anillos de brillantes.

—No lo niego, Mark: le dan aire de millonario.

—Debe serlo. ¡Pero también un viejo! —repitió el malhumorado Mark Joley.

—Mira, cariño: a los hombres les pasa como a las chirimoyas: cuanto más maduros, ¡mejor!

—¡No te dejaré ir! Aquí contratamos viajes, hoteles, pasajes de toda clase… ¡Y hasta islas remotas! Pero no lo que pretende ese viejo verde.

—Sólo quiere a alguien responsable de la agencia, por todo lo que va a contratar, Mark.

—Eso dijo, pero bien sabes tú lo que pretende.

—¿Estás celoso, cariño?

—Estoy furioso, por esa desfachatez. Ese príncipe, o lo que sea, cree que lo puede todo con el dinero.

—¿Y no lo puede, Mark? —sonrió ella con malicia.

—Pues te diré una cosa, Nori: quienes opinan que el dinero todo lo puede, sin duda están dispuestos a todo por el dinero.

—¡Bah! Una de tus frases, cariño.

—Y no estoy dispuesto a consentir que tú… tú…

—Termina, mi amor.

—Tienes un buen empleo, me tienes a mí y… ¿No nos íbamos a casar?

—¿Ahora me sales con ésa, bribón? Nunca me lo has propuesto.

—Está bien: te lo propongo ahora, Nori.

—Lo pensaré, Mark.

—¡Esta sí que es buena! ¿Quién conoce a las mujeres?

—He dicho que lo pensaré, hombre.

—De cualquier manera, tú no estás en alquiler. ¡No harás ese viaje!

—Si no lo consientes… ¡Acudiré al jefe supremo! —amenazó ella.

—No le dirás nada al señor Gargil. ¡Soy yo quien dirige esta agencia de viajes!

—Pero él es el dueño.

—¡Maldita sea! ¿Pero tanto te interesa pasar tres aburridas semanas con unos cincuenta vejestorios, que se concentrarán en Upululu para hablar de sus cosas y negocios?

—Dijo que iban de vacaciones, ¡a divertirse!

—Bien… ¿Y qué harías tú entre todos ellos?

—¡Oh! Se pueden hacer muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—No sé, Mark… Bañarse en pleno corazón del Pacífico debe ser pura delicia. Disfrutar de aquellas tranquilas playas doradas, tostarse bajo aquel sol, pasear, jugar al golf o al tenis, tomar martinis o refrescos en un hotel de lujo, bailar, cenar…

—Hacer el amor… —remedó Mark Joley, sin conseguir imitar la voz y el tono de la mujer, que objetó:

—¡Yo no he dicho eso, Mark!

—¡Pero lo piensas!

—¿Pretendes insultarme?

—Pretendo no perderte, Nori.

—¡Qué tontería, Mark! Sabes muy bien que estoy enamorada de ti.

—A veces lo dudo.

—¿Porque le sonreí al tipo del turbante?

—Coqueteaste con él. ¡No lo niegues!

—Sólo pretendí ser amable.

—Y te encantó que te invitase a ese viaje.

—No me invitó: simplemente dijo que le gustaría que alguien de la agencia les acompañase.

—Pues si insiste en eso, ¡les acompañaré yo! Palmeando, la vivaz Nori Dawison se puso a celebrar:

—¡Oh, Mark! Eso es una idea estupenda, mi amor. ¡Pasaríamos unas

vacaciones maravillosas!

—He dicho que si ese tipo insiste en ello, les acompañaré yo… ¡No los dos!

—¿Y por qué no, cariño? Le dices al señor Gargil que él lo ha exigido así y tendrá que aceptarlo. ¡Es una contratación muy buena!

—¿Y quién se quedaría aquí?

—Pues Peter… ¡O cualquier otro!

—No me convence, Nori: estamos en plena temporada.

—Nadie es imprescindible, Mark. ¿Te figuras lo que serían tres semanas juntitos en una isla tan paradisíaca como Upululu?

Mark Joley empezó a imaginárselo y por eso pidió, con un susurro de voz.

—Ven aquí, Nori. ¡Necesito besarte!

—¡Oh, no! En el despacho, no.

—Nadie va a vernos, como no abran la puerta.

—¿Y si la abren?

—Con cerrar con llave, en paz.

—¿Y qué pensarán, mi amor?

—Que estamos «trabajando» de firme.

—Sí, sí… ¡Los dos sobre esa mesa!

—Otras veces lo hicimos, nenita.

—Pero es que hoy…

—¡Hoy te deseo más que nunca, mujer!

Como a otras muchas mujeres, a la rubia Nori Dawison, rehusara o aceptase, la encantaba ser ardientemente solicitada. Su tórrida naturaleza de veintidós años siempre estaba dispuesta a demostrarse a ella misma que era hermosa y apetecible.

El hombre, en sí, era como una deliciosa «enfermedad» para ella.

No concebía la vida sin ardientes besos y embriagadoras caricias. En ella todo estaba en función de eso: sus vestidos, sus gestos, sus modales, sus miradas, ¡todo!

Desde muy jovencita había comprendido, y aceptado, que ella había nacido para eso: para ser amada y a su vez ella amar ardientemente.

Todo lo demás era como relleno, secundario.

Incluso se había trazado sus planes sobre eso. Si no poseía más que su cuerpo joven, apetecible y hermoso, ¿por qué no utilizarlo para ir escalando peldaños mejorando su posición social?

Ella no tenía la culpa de haber nacido en un hogar pobre.

Desde muy niña empezó a comprender que no hay virtud que la excesiva pobreza no eche a perder, así como que el hambre es mala consejera.

Cuando aún luchaba con sus indecisiones, pensaba que lo superfluo

de los ricos debería servir para lo necesario de los pobres; más sucedía todo lo contrario: en el mundo que vivían lo necesario de los pobres servía para lo superfluo de los ricos.

Aquel mismo tipo de la esmeralda en el turbante que había entrado allí aquella mañana, acababa de dejarle a Mark Joley un cheque al portador por doscientos mil dólares, como pago y señal de un viaje que pensaba realizar con cincuenta amigos más a las paradisíacas islas del Pacífico.

Y ella cobrando un sueldo que apenas le llegaba para pasar el mes… Casi lo mismo que el pobre Mark Joley, aunque fuese su jefe.

Mientras el joven la besaba y abrazaba, estrujándola posesivo, recordando unos versos de Ovidio la joven secretaria miró al techo y recitó entre dientes:

La casualidad siempre es actual.
Ten siempre echado tu anzuelo, joven.
En el remanso donde menos lo esperes…
¡Estará tu pez!

—¿Qué dices, nenita? —se interesó Mark Joley.
—Nada, cariño… Sigue… ¡Sigue! Pensaba en la isla Upululu.
—¿Por qué, mujer?
—No sé… ¡Pero se debe pescar muy bien allí!

Capítulo III

COMO presidente de la Latus Oil and Company, George Latus Barby ocupaba el sitial preferente en aquella convención de ricos accionistas, a la que sólo podían asistir, como compromisarios de otros miles, los que poseían títulos y acciones por valor superior al millón de dólares.

De esto fácilmente se deducía una cosa: todos los que estaban allí eran millonarios.

Hombres y mujeres ricos, poderosos e influyentes, pero que casa año y en asamblea general, tenían que acudir a la reunión que la junta de la compañía convocaba, para rendir las cuentas.

George Latus Barby estaba allí porque, además de ser el presidente de la compañía, era de los que más acciones poseía y, además, su padre y su abuelo habían venido rigiendo los destinos de la Latus Oil desde su fundación, cuando del primer pozo empezó a brotar petróleo en Texas.

Luego la compañía había ido extendiendo sus poderosos tentáculos a Venezuela, Brasil, a Asia, concretamente a los ricos yacimientos de Persia, Turquía, Arabia Saudi y el Golfo de Omán, donde los últimos conflictos estaban poniendo la cuestión del petróleo al rojo vivo.

De cualquier manera, la Latus Oil and Company no se podía quejar. La crisis de la energía había abierto de par en par los grifos de las ganancias y sus buques cisternas de doscientas y hasta trescientas mil toneladas, no dejaban de surcar los mares para cambiar el «oro negro» que transportaban en saneadas cuentas corrientes en los países que abastecían, incluyendo las cuentas cifradas en los bancos suizos.

Por supuesto, el joven presidente de la Latus Oil and Company no estaba calvo de sacar tales cuentas. Más bien era que George Latus Barby era un descendiente de una familia desgastada en la abundancia, en donde los millones de dólares habían sido meros centavos para ellos al servicio de los caprichos y las extravagancias que, la mayoría de las veces, queman la vida.

El caso era que, a sus treinta y ocho años, el calvo George Latus Barby tenía de todo, menos voluntad; ya no sentía, como su abuelo y hasta su padre, recientemente fallecido en un accidente de carretera, el afán de lucha y superación. Le importaba un higo que el petróleo subiese o bajase en las cotizaciones del mercado internacional. Nada le interesaba, a excepción de las mujeres jóvenes, rubias y bonitas.

De eso sí que hacía colección que, no obstante, tampoco se preocupaba por guardar o conservar. Las utilizaba unos cuantos días y a cambiar de nuevo.

Siempre lo había hecho así desde que, a los catorce años, su padre le sorprendió enroscado a las piernas de una doncella rubia de su madre que, naturalmente, al instante fue despedida de la regia mansión.

George Latus Barby *júnior* dejó de llorar la pérdida y muy irritado anunció a toda la familia:

—¡Me es igual! ¡Me buscaré otra rubia! Y seguía cumpliendo su palabra.

Menos mal que a su derecha tenía al siempre imponente y eficaz Souli-Kandra, príncipe y ex maharajá gobernador de no sabía qué remoto Estado de la antigua India, que desde que ingresó en la compañía con una mínima aportación, con el correr de los años había ido escalando puestos hasta llegar a vicepresidente.

Pero eso sí: había que reconocer que aquel hindú siempre sabía muy bien lo que hacía. Sus transacciones comerciales resultaban las más ventajosas y rentables, Jamás cometía un error y aún le sobraba empuje y capacidad de trabajo para ser presidente de otras compañías filiales, vicepresidente de otras más y aún asesor consultivo de otras.

Todo un personaje, sí, señor.

Del príncipe Souli-Kandra se contaban muchas cosas, pero nadie se atrevía a comentarlas en voz alta. Cuando algún osado lo había hecho, sin saber cómo ni por qué, había «desparecido» simplemente.

Souli-Kandra contaba con otros vicepresidentes, segundo, tercero y hasta cuarto, además de toda la junta. Pero siempre era él quien leía la *Memoria anual*, con precisión y concisión dignas de elogio.

Para él, las cifras, los números y los porcentajes no tenían ningún secreto y se movía como pez en el agua manejando los documentos con la facilidad con que un mago hace juegos de naipes. Si no sacaba un conejo del blanco turbante que siempre llevaba, era por puro milagro.

Hasta le acompañaba la voz, gutural, enérgica, contundente. Todo lo que exponía no tenía réplica posible, porque además hablaba de una forma directa y llana, sin circunloquios, de manera que todo el mundo le pudiese entender e interpretar.

—Señoras, señores… Ha sido un buen año y los balances lo reflejan. Por cada acción nominal en la Bolsa se cotiza a ciento sesenta y siete, coma veintidós, que es una buena ganancia. Elio quiere decir que, como otros años, no se necesita ninguna ampliación de capital.

Las pausas del inteligente y activo Souli-Kandra siempre eran astutamente estudiadas, para que todo el mundo tuviese tiempo de meditar sus palabras, sacar las cuentas y aprobar lo que él exponía.

—Por lo que respecta a los Fondos de Compensación y de Riesgos,

este año arrojan un superávit, los dos juntos, de diez millones de dólares.

Todos los asistentes sonrieron. Muchos de oreja a oreja, con la satisfacción reflejada en sus rostros. Pero aquella vez Souli-Kandra les sorprendió con una proposición insólita: con tales beneficios la compañía se proponía premiar a los mayores accionistas, en justa compensación por su capital invertido.

—Las proporciones se ajustarán, debidamente, en una Convención a celebrar en un lugar paradisíaco que, además, a todos servirá de solaz y descanso.

Nueva pausa, antes de anunciar solemnemente:

—Todos ustedes quedan invitados, sin gasto alguno, a un crucero de placer por el Pacífico, que tendrá su remate en el archipiélago de las Samoa, concretamente en la isla Upululu…

De ser aquella una reunión más informal, los «¡bravos!» y los aplausos habrían atronado en la sala de juntas. Pero allí el más joven era el calvo presidente George Latus Barby, que precisamente se empezaba a dormir y levantó la cabeza ante los murmullos aprobatorios.

—Señoras, amigos… Ya lo tengo todo concertado, hasta el más mínimo detalle. Mi yate, el del señor presidente y los de Robert Lynn, Hortman Make y Richard Lee, les esperan en la bahía de San Francisco, para emprender esa feliz singladura que nos llevará a un merecido descanso.

»Les aseguro tres maravillosas semanas de dicha y tranquilidad, en contacto directo con una naturaleza no polucionada ni degradada, en donde no obstante podrán seguir gozando de todas las comodidades modernas.

Sólo tras ponderar con encendidas palabras y cálido aliento todas las excelencias prometidas, tras una de sus pausas Soulin-Kandra apuntó:

—Y allí, con toda pausa y tiempo, volveremos a abordar la asociación con la Minesota Oil Mining Company, que les aseguro en su día llegará a doblar, ¡quizás a triplicar!, nuestros futuros beneficios…

Extrañamente a cuando hablaba el elocuente Souli-Kandra, ante aquel anuncio se levantaron en la sala algunos murmullos de protesta. Incluso alguna que otra voz airada se alzó al objetar:

—¡No, eso no!

—Ya se ha tratado en otras juntas.

—¡Nada que iremos con esa compañía!

—¡Ni venta ni fusión!

—¡Yo sigo rechazándolo!

—¡Y yo!

—Señoras… Caballeros… ¡Calma, por favor! He dicho que volveremos a tratar el asunto, no que lo aprobáramos.

—¿No dijo que iremos a descansar? —inquirió uno de los accionistas.

—¡Por supuesto, señor Fischer! Pero habrá tiempo para todo.

—Unas vacaciones no son para tratar cosas tan serias. ¡Estoy con Fischer! —declaró otro de los miembros de la Junta.

—Señor Jones, en ambientes así las cosas se ven con mejor objetividad. Y puesto que estaremos reunidos allí…

—Bueno: ya veremos si tratamos sobre eso —opinó el rico accionista Bruce Cooper.

Los ánimos volvieron a calmarse cuando, saliendo de su aburrimiento, el presidente de la compañía manifestó:

—Sólo ha sido una propuesta de nuestro vicepresidente, amigos. Sobre el terreno, veremos si conviene o no volver a tratar sobre el asunto.

Y añadió levantándose:

—¡La reunión ha terminado!

Todos se pusieron en pie y los corros empezaron a formarse, según las afinidades de opinión, las amistades o el simple azar. El edificio de la Latus Oil and Company era uno de los rascacielos de acero y vidrio más sólidos e imponentes de la ciudad de San Francisco y allí en sus muchas plantas., había de todo. Muchos se quedarían a comer en el lujoso restaurante del último piso, desde donde la panorámica sobre el Gran Océano les invitaría a la charla y el cambio de impresiones sobre el largo y placentero viaje que se les brindaba.

Souli-Kandra también sonrió.

Como siempre, él estaba seguro que al final de aquel viaje habría ganado la partida…

Capítulo IV

VIAJAR sobre el océano Pacífico es sentir la pequeñez del hombre sobre la Tierra. Es empezar a comprender la inmensidad. Es entender que todos los continentes del planeta cabrían en su cuenca, y que aún quedarían millones de kilómetros cuadrados por rellenar. Es luminoso, enormemente amplio, interminable y dilatado y con abismos tan insondables que, en algunas de sus simas marinas, la gigantesca cordillera del Himalaya quedaría cubierta, y aun el pico del Everest tendría que crecer dos mil metros más para poder asomar su cresta de nieves perpetuas.

Sobre la cubierta del *Vichnú* Mark Joley meditaba en todo esto, a la par que con los prismáticos contemplaba a los simpáticos y juguetones delfines que seguían al yate, saltando a veces fuera del agua con la facilidad y maestría de estos moradores del mar.

Aunque también, a veces, y como atraído por un imán, enfocaba los prismáticos hacia la parte de popa donde Nori Dawison y otra joven, a la que no conocía, tomaban el sol tendidas en sendas tumbonas mientras un servicial camarero les servía bebidas refrescantes.

El cuerpo de su secretaria lo conocía pulgada a pulgada de su fina y exquisita piel, pero nunca dejaba de maravillarse de tanta perfección y armonía en sus curvas femeninas. Nori Dawison era una mujer muy hermosa, capaz de satisfacer al hombre más exigente en cuanto a belleza y sueños oníricos sexuales.

Mark Joley se sentía fuertemente atraído por aquel cuerpo y no lo podía evitar. Cada movimiento, cada gesto, cada mohín de los labios de Nori Dawison, era como una invitación al amor, una incitación al deseo, semejante a una promesa que transportaba a la gloria cuando se cumplía, haciéndola palpable realidad.

De cualquier manera, la otra mujer, que tendida junto a Nori también bronceaba su piel al sol, casi desnudas las dos, no le iba en zaga a su secretaria. Era alta, esbelta, morena, perfectamente moldeada y no tendría más de veinticinco años. Unas enormes gafas de sol no le permitían ver sus ojos, que no obstante se adivinaban tan negros como su larga mata de cabellos, sedosos y bien cuidados.

Mark Joley se estaba preguntando quién sería aquella belleza, cuando una voz gutural ya conocida sonó a sus espaldas, con acento

conminatorio al recordarle:

—Ya le he dicho que usted no debe subir a cubierta, señor Joley.

Se volvió como niño atrapado en una travesura, pero fue para replicar:

—Lo recuerdo, Alteza; pero aún no me dio la razón.

—¿Tengo que hacerlo, joven?

—Será lo mejor, puesto que el viaje será largo.

—En primer lugar, usted no es uno de mis invitados.

—Lo sé, Alteza; pero Nori tampoco lo es, y la deja gozar de ese privilegio.

—Ella es distinto. Ya ve que ha hecho buenas migas con mi sobrina y, particularmente, a mí me encanta el verla entre nosotros.

Mark Joley quiso aprovechar para informarse, señalando desde lejos a la muchacha de cabellos negros:

—¿Es su sobrina?

—Si… Se lama Miriam y le ordeno que no se acerque a ella.

—La verdad, Alteza: no sé por qué tantas prohibiciones. Viajamos juntos y yo…

—Usted es un simple empleado de la agencia de viajes que contraté. ¡No lo olvide, joven!

—No lo olvido, Alteza. Pero le informo que, tanto Nori como yo, no viajamos a su cargo. Nuestra agencia corre con nuestros gastos.

—¡No faltaba más, señor Joley! Pero, de momento, va usted en mi yate. Quiso dejar las cosas claras, por lo que añadió tras una de sus pausas:

—Lo que significa que, hasta llegar a la isla, usted hará la vida del resto de mi tripulación.

—¿Debo suponer que…?

—No suponga nada, joven. ¿O prefiere que le dé órdenes más tajantes al capitán?

—Sólo subí para contemplar a esos delfines.

—Puede verlos desde el ojo de buey de su camarote.

Y alejándose por la cubierta advirtió, siempre altivo y displicente:

—Que no se lo tenga que repetir, señor Joley.

Mark Joley tuvo que retirarse, cerrando los puños y apretando los dientes.

De muy buena gana, le arrancaría a aquel tipo el blanco túrbate de su cabeza, de un papirotazo.

¡Le odiaba!

* * *

Y los días fueron pasando, siempre deslizándose suaves y plácidamente por la ondulada superficie del Gran Océano, que no representaba ninguna monotonía, sobre todo para los pasajeros de los cinco yates que, en muchas ocasiones, navegaban juntos como si se tratase de una escuadrilla de lujosas embarcaciones con singladura hacia el paraíso terrenal.

Para quien sí resultaba monótona la travesía era para la tripulación, y para Mark Joley, que se desesperaba cada vez que oía jolgorios y alegres risas sobre la cubierta, donde solían reunirse los invitados de su Alteza, aquel estirado y antipático Souli-Kandra, que de— dicaba sus atenciones para la feliz Nori Dawison.

Tomaban el sol, se bañaban en la pequeña piscina del yate o nadaban en el mar realizando caprichosas paradas; tomaban helados martinis, comían y cenaban bajo la toldilla de popa y por las noches, hasta las bodegas de la embarcación llegaba la música con la que bailaban.

Hasta que una de esas noches…

Mark Joley vio pasar corriendo al capitán y se interesó:

—¿Qué pasa, señor Niger? ¿Por qué paramos?

—¡Se ha caído al agua el señor Fischer!

Mark le siguió corriendo, olvidándose de la prohibición de subir a la cubierta superior. Bajo la toldilla de popa había luces encendidas que permitían ver la gran mesa con toda clase de manjares y bebidas, que había servido de *buffet* para todos los invitados en el yate de su Alteza. Cinco hombres y cuatro mujeres permanecían allí como aterrados, mirando por la borda al mar y diciendo el excitado dueño del *Vichnú*:

—¡Pronto! ¡Hay que hacer algo!

Mark Joley pudo comprobar que el hindú era el único que reaccionaba como correspondía en una situación así. También fue aquella vez la primera que le vio sin su blanco turbante, mostrando toda su cabeza totalmente afeitada: se lo había quitado con rapidez, a la vez que su blanca chaqueta de dorados botones hasta el cuello, para sin ninguna vacilación lanzarse al mar.

Mark Joley le siguió también sin dudarlo, dispuesto a secundar al hindú en el rescate del pasajero que habían perdido. Desde el yate, la diligente tripulación enfocó dos reflectores, que con sus luces empezaron a iluminar las aguas del mar en aquella oscura noche.

Dos marineros más se lanzaron también al agua, con salvavidas y cuerdas. Mark Joley olvidó las veces que buceó desesperadamente, saliendo una y otra vez a respirar en aquella acción agotadora, en la que cada minuto que pasaba era más angustioso.

De vez en cuando oía voces, entre las que destacaba la de Soulin-Kandra, también jadeante y fatigada, insistiendo:

—¡Hay que encontrarle! ¡Tenemos que intentarlo todo!

Pero una hora después, rendidos, fatigados, con la inutilidad del esfuerzo realizado, tuvieron que rendirse.

El grueso señor Steve Fischer se había perdido en mitad del Gran Océano.

El yate aún permaneció allí durante horas, dejándose mecer por un suave oleaje que, no obstante, poco a poco le iba alejando del lugar donde había ocurrido el desgraciado accidente.

Todos permanecían silenciosos y como abrumados, como sintiéndose responsables de alguna manera de la pérdida del amigo. Y nuevamente fue Soulin-Kandra el que primero reaccionó al manifestar, al mismo tiempo con sentimiento, con rabia contenida:

—¡Le dije que no bebiese tanto y que no se asomase a la barandilla!

—Estaba borracho —comentó alguien.

—A Steve le gustaba demasiado el whisky.

—Yo le vi servirse cinco o seis.

Mark Joley observó a las cuatro mujeres y los cinco hombres y comprendió que todos ellos, de alguna manera, pretendiesen encontrar alguna justificación a lo sucedido. La misma Nori Dawison se acercó a él y apoyándose en su hombro musitó:

—¡Es horrible, Mark!

—Tranquilízate, Nori. A veces, ocurren estas cosas.

—No, si la gente sabe comportarse como es debido —rechazó con energía el dueño del yate.

Pero al instante cambió de actitud, su mano quedó extendida en muda invitación ante el sorprendido Mark Joley y manifestó:

—Por cierto, su comportamiento sí que fue ejemplar, señor Joley. ¡Todos agradecemos sus esfuerzos!

Mark Joley estrechó aquella mano y a su vez dijo:

—Me lo dijo el capitán y… Subí por si podía ayudar.

—Puede subir a cubierta las veces que quiera, joven…

—Gracias, Alteza.

—Es más… Puede ocupar el camarote del señor Fischer si quiere. La joven Miriam se acercó indagando:

—¿Qué haremos ahora, tío?

—En este caso, es el capitán el que debe decidir. El capitán Albert Niger opinó:

—Pediremos instrucciones por radio, Alteza. Aunque es absurdo permanecer más tiempo por aquí.

—Haga lo que crea conveniente, capitán. Luego miró a los otros y les pidió:

—Vayan a descansar, por favor. Será lo mejor. Todos se fueron retirando, cada uno a su camarote. Pero Mark Joley retuvo por el brazo

a Nori Dawison, susurrándole a la rubia muchacha:

—Espera un poco, cariño. ¡Hace un siglo que no te veo!

Capítulo V

PICOTEANDO de todos los exquisitos manjares artísticamente situados sobre la larga mesa, tras servirse de un frío champaña excelente, Mark Joley saboreó y opinó:

—¡Todo magnífico, Nori! Deben tener un buen cocinero.

—Es chino. ¿No le has visto?

—¿Yo? Pero si no me dejaban asomar las narices por aquí. He permanecido como un galeote condenado, siempre bajo cubierta.

—No le caíste simpático a su Alteza… Hasta hoy. ¡Estoy orgulloso de ti, Mark!

—Espera, nenita: menos mimitos y dime de dónde diablos has sacado ese elegante vestido de noche.

—Me lo prestó Miriam. ¡Tiene un guardarropas de ensueño!

—¡Tú sí que te das buena vida, bribona!

—Su Alteza y todos los demás son muy amables conmigo.

—Sobre todo él… ¡Y aquí arriba todas las nochecitas de alegre juerga!

—Simplemente cenamos, bailamos, charlamos, tomamos una copas…

—Hablando de copas… ¿Cómo ocurrió, Nori?

—¿Te refieres a,…?

—Sí… Al gordinflón de Steve Fischer.

—No sé… Es cierto lo que dijo Souli-Kandra…

—¿Ya le llamas así, y no Alteza?

—Me lo pidió él… ¿Te molesta?

—Allá tú, Nori. ¡Ya eres mayorcita!

—Si empiezas con tus celos… ¡me voy a dormir!

—Espera… Sólo quiero saber cómo cayó al mar el señor Fischer.

—¡No lo sé! Sólo oí que Souli-Kandra gritaba.

—¿Su Alteza estaba junto a él?

—¡Te digo que no lo sé! Yo estaba justamente aquí, hablando con Miriam.

—¿Y los otros?

—Pues por ahí… Algunos junto a la mesa, otros sirviéndose bebidas. ¿Qué importancia puede tener ya eso, Mark?

—Tienes razón, Nori. Ya nada puede devolverle la vida a Steve

Fischer. Señalando a la inmensidad del océano, la muchacha rubia opinó con horror:

—Debe ser horrible ahogarse en medio de… ¡De tanta agua, Mark!

—Supongo que ahogarse es horrible, aunque sea en una bañera.

—Me refiero a que ahí… ¿Se lo comerán los tiburones?

—Ignoro si hay tiburones por aquí, nenita. De cualquier manera, los peces se darán un buen festín.

—Sí… El señor Fischer estaba muy gordo. Una noche bailé un poquito con él y su enorme barriga…

—¿No sabía nadar?

—No lo sé, Mark.

Mark Joley también se puso a contemplar el mar, clavando la vista en el lejano horizonte por donde empezaba a hundirse la luna. Parecía reflexionar y al fin pensó en voz alta:

—Aun sabiendo nadar casi resulta imposible salvarse… Calculo que el yate marcharía a unos ocho o diez nudos y, desde que su Alteza avisó y el capitán ordenó parar las máquinas, cuando nos lanzamos en su búsqueda… ¡Calcula dónde quedaría él!

—No hablemos más de eso, Mark. ¡Me horroriza pensarlo!

Acercándose a la mujer, tras sujetarla por la cintura, Mark Joley pretendió buscar sus labios con los suyos al proponer:

—¿Bajas a mi camarote, cariño?

—No, Mark, no… Está noche no.

—¿Te lo prohíbe su Alteza?

—¡Qué cosas dices! Es que estoy muy cansada.

—Al menos un beso, mi vida.

Nori Dawison fue a conceder la caricia, cuando bruscamente se separaron. Unos pasos se acercaban y la inconfundible voz de Souli-Kandra ordenaba a uno de los camareros que le seguía:

—Retira todo esto. ¡Nunca más se servirá la cena aquí!

—Sí, Alteza.

Cuando descubrió a la joven pareja anduvo hacia ellos y, con ironía en la voz, opinó:

—Muy romántico, bajo la luz de la luna… Pero esta noche cabría recordar que un buen amigo ha muerto.

—Lo sentimos, Alteza. Pero ni Nori ni yo, conocíamos apenas a ese hombre.

—Yo tampoco mucho, señor Joley. Sólo nos reunimos una vez al año en la asamblea general.

Hizo una pausa y Mark le espetó:

—Dígame, Alteza. ¿Cancelarán las vacaciones?

Mirándole fija y directamente a los ojos, el hindú contestó con otra

pregunta:

—¿Por qué habríamos de hacerlo, señor Joley?

—No sé… Quizá los otros…

—Opinan como yo. Esto ha sido un desgraciado accidente, que tendremos que superar, amigo mío. El

Vichnú seguirá su viaje, y los demás yates también.

—*Vichnú*… Extraño nombre para un yate.

—¿Es que ignora lo que significa, joven? Vichnú es el dios supremo de las llanuras del Ganges, segundo término de la trinidad india, en la que desempeña el papel de preservador del mundo, alma universal presente en todo y para todo, omnipotente, omnisciente y protector del sacrificio. Tiene mil nombres y son diez sus encamaciones.

—Demasiado complicado para mí, Alteza.

—Posiblemente para las mentes occidentales. Pero ha de saber que el vichnuismo es el conjunto de doctrinas y de prácticas religiosas más extendidas por mi país: es una de las dos grandes sectas —la otra es el zivaísmo—, cuya fusión constituye la religión actual de la India.

—¡Muy interesante, Alteza!

—Para mí no —manifestó con franqueza Nori—, Con su permiso me retiro a dormir. Inclinándose muy ceremoniosamente, Souli-Kandra deseó:

—Que descanse, Nori.

Una vez solos, Mark Joley se fijó que aquel hombre volvía a cubrir su cabeza totalmente afeitada, con el blanco y voluminoso turbante rematado con la esmeralda: ahora se cubría con una fina bata de seda natural y cojeaba ostensiblemente de su pierna derecha:

—Me lastimé la rodilla cuando salté, para intentar salvar al pobre señor Fischer — informó,

—¿Ha recibido instrucciones el capitán por radio? —se interesó el joven.

—Sí… La Comandancia de Marina del grupo de las Marquesas, ha dicho que podemos seguir el viaje. Ellos mandarán una patrullera para intentar recuperar el cadáver.

—Calculo que habrá pocas probabilidades, Alteza.

—Se hará lo que se pueda, señor Joley.

Hizo una de sus pausas y añadió: —A propósito. ¿Le he dicho que puede ocupar el camarote de Fischer?

—Sí, Alteza.

—Hágalo… Se ha ganado el ser uno de mis invitados.

—Gracias… ¡Muy amable!

—Le diré más: yo no estoy intentando quitarle a «su Nori». Pero sí voy a decirle una cosa, mi joven amigo: esa bella señorita tiene

demasiada clase para un hombre como usted. Y si usted la aprecia, si de verdad la quiere, lo más noble y digno sería no constituir un obstáculo para que ella pueda aspirar a más en la vida.

—¡Nori también me quiere! —se defendió Mark.

—¡Tonterías! El amor es el intercambio de dos fantasías, amigo mío; pero también el contacto de dos egoísmos. Y usted no le puede ofrecer mucho.

—Perdone, Alteza; pero, en todo caso, es una cosa a discutir entre Nori y yo.

—No lo creo así, porque usted puede influir en ella con su juventud y palabras. ¡Pero será Nori la que se juegue su futuro!

—¿A qué viene todo esto, Alteza?

—Digamos que le estoy preparando, para su bien, señor Joley.

—¿Preparándome? —repitió el joven—. ¿Y para mi bien, Ateza?

—Sé de un hombre muy rico, ¡poderoso!, que está muy interesado por Nori Dawison. Una de sus pausas y siguió deslizando, cauto pero insinuante:

—Hasta quiso dejar su yate y viajar en el mío, porque ella venía aquí… Muy intrigado, Mark Joley meditó un poco, hasta que dijo:

—¡Ya sé! Se está refiriendo a George Latus Barby, el presidente de su compañía, ¿verdad?

No consiguió más que una leve sonrisa del hindú y Mark añadió:

—Sí… Ya he oído que se pirra por las rubias. ¡Debe ser él!

—Buenas noches, señor Joley.

—Buenas noches, Alteza.

Mark Joley le vio alejarse cojeando y se dijo que aquel hombre estaba necesitando una muleta.

—¡Maldita sea! —exclamó a la noche—. Aquí todos me quieren quitar a Nori.

Capítulo VI

MUCHOS millonarios lo saben y otros muchos viajeros también; pero, para que no se olvide, en todas las importantes agencias de viajes el *slogan* publicitario reza así: «Viaje a las Samoa, las islas de las Peí las, en pleno corazón del Pacífico. Un paraíso de impresionante e inolvidable belleza».

Y en efecto; todo en Samoa y en las cercanas islas se ajusta perfectamente a la propaganda y la literatura oficial que de esta parte del Gran Océano hacen las agencias publicitarias. Todo en ellas es perfecto, tranquilo, suave, soñador y, sin llegar a la exageración, maravilloso.

¡Único!

Aunque justo será añadir que esas «suaves brisas» oceánicas, anunciadas en los carteles publicitarios para recomendar las islas de «La Luna de Miel», a veces, por esos caprichos de la madre Naturaleza, se convierten en algo muy molesto. Los huracanes son como una constante amenaza para todas aquellas islitas llanas, que suelen tener muy poca altura sobre el nivel del mar, el cual las azota con sus furiosas embestidas de vez en cuando.

Sin embargo, los pacíficos habitantes de estas islas ya están acostumbrados a lo que ellos llaman «El Gran Soplo», por lo que muy acertadamente toman sus medidas como viejos veteranos que son de tales cosas y saben muy bien que, cuando esto termina, el cielo vuelve a ser maravillosamente azul, el mar se convierte de nuevo en un inmenso lago tibio y tranquilo, y las playas, esas soleadas extensiones de rubias arenas tan tentadoras, invitan a tostarse al sol a todos los turistas que han tenido la posibilidad —¡y el dinero!— para llegar hasta allí.

Por otra parte, y olvidándose de los huracanes, el archipiélago de Samoa es el lugar del globo más tranquilo que pueda existir en el planeta. Todos sabemos que las guerras modernas han pasado por su lado sin tocarlas siquiera, y las crisis, esas depresiones mundiales que agitan a países, prácticamente no se conocen allí, llegando, todo lo más, como lejano eco de un mundo agitado y enfebrecido por la locura de los negocios.

Pero los ciento quince mil escasos habitantes del archipiélago de Samoa viven ajenos a todas estas cosas, y sus tranquilas y pacíficas

costumbres han hecho que, para controlar un grupo de trescientas pequeñas islitas e islotes, basten y sobren cincuenta hombres que, como policías y guardadores del orden, vigilan por allí aburriéndose durante años y años.

Claro que esto es posible porque, pese a la mezcla de razas que comporta el turismo, hay poco material humano que pueda denominarse «delincuencia potencial».

La mayoría de los indígenas de estas islas volcánicas, con numerosos cráteres extinguidos y rodeados de atolones madrepóricos, son polinesios de la raza más pura, aunque en parte estén mezclados con papúes. Hoy día muchos de ellos se dedican como empleados de los grandes y modernos hoteles a atender al turismo, compuesto de raza blanca de los más diversos países, compuesto generalmente por millonarios que descansan o juegan en el Casino, por viudas ricas ya entradas en años que perezosamente sacuden su aburrimiento o sus fracasos amorosos, por jefes y oficiales ya retirados, por algún que otro aventurero «del gran mundo» que arriba allí a descansar exclusivamente, o por pocos turistas de paso que, seguramente encantados, al próximo año volverán.

Sí: el archipiélago de Samoa invita al regreso porque, en las pupilas y en corazón de todo aquel que lo visita, quedan prendidos gratos recuerdos y esa inigualable luminosidad azul del cielo, esa tranquilidad de sus playas y ese perezoso dejar pasar los días.

Y no obstante, ese maravilloso rosario de islitas que el Señor bendijo con su permanente sol y suaves brisas oceánicas, de pronto, saliendo de su pasividad, como agitado esta vez por un huracán humano, se conmovió aterrando a todos sus habitantes.

* * *

El primer indicio del terror se produjo en la pequeña isla de Upululu, donde los dos únicos hoteles de lujo disponibles, previamente habían sido reservados por la agencia de viajes que representaban Mark Joley y Nori Dawison, para que allí disfrutasen de sus vacaciones los más ricos accionistas de la Latus Oil Company, a petición del encargo que les había hecho Su Alteza Souli-Kandra.

Todos bien instalados y satisfechos de los servicios de que podían disponer, no tardaron en bajar a la tentadora playa para disfrutar del baño, la agradable brisa oceánica y tostarse al sol.

Pero el señor Quinke Jones, sesentón deportista y aún de buen ver gracias a sus cabellos teñidos y al cuidado bigotito que también teñía, inesperadamente dio un grito, se agitó sobre la tumbona que le había dispuesto uno de los criados nativos del hotel, se llevó ambas manos al

pecho y, cuando acudieron los que estaban más cerca de él… ¡ya estaba muerto!

El revuelo fue general en la playa.

Los que se atrevieron a acercarse más a él, no descubrieron nada que hubiese podido causar la muerte a aquel hombre. Inicialmente se pensó en una insolación, aunque más tarde el médico del hotel, un ex capitán inglés jubilado, que se ayudaba con aquella ocupación, dictaminó muy serio:

—Ataque cardíaco, señores. ¡Le falló el corazón!

Fue preciso notificar lo ocurrido a la capital del archipiélago y, desde Samoa, enviaron al inspector Naki-Olongo, un nativo polinesio que, a su vez, llegó en una motora del gobierno acompañado de dos de sus agentes uniformados y de otro médico, que confirmó el diagnóstico del doctor del hotel.

Aquella noche, mientras cenaban divididos en grupos los accionistas de la Latus Oil Company, comentaron entre ellos que sus soñadas vacaciones habían empezado con muy mala suerte.

—Primero se cae al mar el pobre señor Fischer y ahora sufre un ataque al corazón Quinke Jones.

—¡Qué le vamos hacer! —exclamó el más fatalista de ellos—. Nunca se sabe dónde nos espera la Parca.

Muy florido y mitológico, pero aquello irritó mucho a su Alteza, que en la mesa ocupada por él, su preciosa sobrina Miriam, el presidente de la compañía, George Latus Barby, y la rubia Nori Dawison, comentó con tono de censura:

—Quinke Jones debía saber que padecía del corazón. Cuando se le invitó, como a los otros… ¡No debió aceptar un viaje así!

—Pienso lo mismo, Souli-Kandra —opinó Nori.

En sus funciones de «pastor de aquel rebaño de millonarios» para quedar bien ante la agencia de viajes que representaba Mark Joley se ofreció para comunicar a los familiares de Quinke Jones su fallecimiento.

En conferencia directa o por cablegrama, así se sabría qué hacer con el cadáver, ya que si no tendría que ser enterrado a miles de millas de su país.

Pero George Latus Barby le informó:

—Quinke Jones prácticamente no tenía familia. Sólo un sobrino en Nueva York, creo que estudiando.

—¿Me podría facilitar sus señas, señor Barby?

El presidente de la Latus Oil Company lo hizo, pero la respuesta del joven estudiante resultó cínica:

«Pueden llevar a mi tío al mismo infierno. Siempre fue tan tacaño conmigo que, aunque millonario, para seguir estudiando tengo que

trabajar de camarero en un club nocturno.» Así es que, al presumido sesentón Quinke Jones se le tuvo que dar sepultura en la pequeña isla de Upululu.

Ya no se volvería a teñir nunca más el pelo. Ni podría cuidar con esmero su bigotillo.

Descanse en paz. ¡Amén!

* * *

Sólo tres días después, aunque en otra parte de la larga y amplia playa de Upululu, le tocaba el tumo a Bruce Cooper, un cincuentón, pero que dejaba a una esposa desconsolada, que ante el mismo diagnóstico del médico del hotel, aseguró una y mil veces, entre lágrimas, que su marido jamás había padecido del corazón.

—¡Y podré demostrarlo! —gritó— Antes de que mi pobre Bruce y yo emprendiéramos este viaje, los dos nos hicimos un chequeo en San Francisco, en la clínica del doctor Jeremy Muriel.

—Lo siento, señora: no voy a discutir con usted lo que clínicamente está bien claro. ¡Su marido ha sufrido un infarto!

—¡No lo admito! —insistió la señora Cooper—. Y si es preciso, pediré la autopsia de mi marido.

—Está en su derecho, señora Cooper —intervino Souli-Kandra—, Pero piense antes en todo lo que ello significa. No sólo destrozarán el cuerpo de su esposo, sino que… Bueno: a nadie nos interesa un escándalo, ¿comprende?

Como las cosas ya empezaban a oler a «podrido», siempre tendiendo al mínimo esfuerzo y a su comodidad, George Latus Barby anunció que él terminaba las accidentadas vacaciones. Se plantaría en Samoa y allí intentaría enlazar con la primera línea aérea que le llevase a su residencia en San Francisco.

—No quiero esta clase de publicidad para la Compañía —aseguró.

Como vicepresidente, su Alteza Souli-Kandra se opuso. George Latus Barby debía seguir allí, en su opuesto. Y si sobre la repentina e inesperada muerte de Bruce Cooper las autoridades del ya independiente Estado de Samoa tenían que abrir una investigación, el presidente de la Latus Oil Company tenía que estar presente.

Los dos discutieron agriamente y el hindú terminó diciendo:

—¡Ya estoy harto de que me lo cargue todo a mí!

—Usted sabe mejor que yo enfrentarse a las cosas, Souli-Kandra.

—Pues esta vez no, señor Barby. ¿Y si se trata de asesinatos?

Fue la primera vez que se pronunció aquella palabra sobre todo lo que estaba ocurriendo: tres hombres muertos y los tres de forma un tanto «misteriosa».

¿O era que, acaso, la Muerte tomaba el sol también en las doradas playas de la pequeña isla de Upululu, atacando a capricho, pero siempre a los más ricos accionistas de la Latus Oil Company?

Tras su firme oposición a que el cómodo George Latus Barby desertaba, largándose de allí, el activo

Souli-Kandra no se cansó de ir de uno a otro de todos los que les habían acompañado en aquel viaje, comentando los hechos, tranquilizando a unos, deseando investigar en los otros y deseando darles ánimos a todos.

Propuso que se volviera a avisar a la capital para que las autoridades de Samoa nuevamente enviasen al joven inspector Naki-Olongo, que seguro llegaría con sus dos agentes y el médico que, reafirmaría o no, el diagnóstico del doctor del hotel.

Mark Joley le vio, pese a la dificultad de su rodilla herida y teniendo que servirse de aquella moderna muleta de metal, infatigable y siempre activo. E incluso se acercó a él y a Nori para confesar, en una actitud que le honraba:

—Escúcheme bien, Mark: confieso que hice lo posible para deslumbrar a Nori y que le dejase a usted. Desde mi punto de vista, consideré que una muchacha así merecía mejor suerte y poseía belleza y cualidades para encontrar un hombre rico y poderoso que la elevase de categoría.

—Ya lo noté, Alteza.

—Pues ahora le pido todo lo contrario. Yo pretendía preparar a Nori para que el señor Barby, nuestro presidente…

—Le entiendo perfectamente, Alteza.

Dirigiéndose ya directamente a Nori Dawison siguió:

—No le haga caso si el señor Barby le pide que se vaya con él, por más que le prometa.

—Ya me lo ha pedido —confesó a su vez la muchacha.

—¡Qué desfachatez! —exclamó el indignado Mark Joley.

—Eso no, Mark —opinó Souli-Kandra—. Nori es mayor de edad y puede elegir libremente. Pero en estas circunstancias, con lo que está ocurriendo… ¡No permitiré que Barby me deje a mí con todo este lío! Y si usted se niega a seguirle, él no se irá. ¡Le conozco bien!

Mirándole irónico, Mark Joley le apuntó:

—Alteza… ¡Usted sólo va a lo suyo!

—Compréndalo, Mark: lo de usted y Nori, no tiene importancia comparado con lo que está sucediendo.

—¿Quiere concretar lo que está sucediendo, Alteza?

—¿Es que no lo ve? ¡Están asesinando a nuestros mayores accionistas!

—¿Quién, Alteza?

—Eso no lo sé, Mark… Pero ante las muertes repentinas de Quinke Jones y Bruce Cooper… Empiezo a pensar que la caída al mar de Steve Fischer… ¡no fue accidental!

—Usted estaba allí, cuando se cayó por la noche de su yate.

—Como Nori, como todos los otros. ¡Y sabe que fui de los que más se esforzó para intentar encontrarle!

—Cierto: hasta se lastimó esa rodilla.

—Y ya ven cómo tengo que andar ahora. ¡Con esta molesta muleta!

—Dígame, Alteza. ¿Qué piensan hacer?

—La señora Cooper tiene razón. Abrir una seria investigación sobre la muerte de su marido.

—¡Vaya escándalo para su Compañía, Alteza!

—Lo siento; pero todo antes que permitir que nos sigan eliminando, Mark.

—¿Teme por su propia vida?

—¿Y quién no? Le aseguro que, de no tener sentido de la responsabilidad, también querría irme lejos de aquí.

Nori había permanecido callada, pero al oír aquello propuso:

—¿Por qué no lo hacemos? Usted dispone de su yate y…

—Después de una travesía tan larga, el *Vichnú* no estaría dispuesto hasta dentro de unos días. Por otra parte, mi querida Nori, marcharme ahora sería como una deserción.

—Perdone: lo comprendo. Sólo lo dije porque yo… Mark…

—Creo que ustedes dos no tienen que temer nada. ¡La sucia y criminal maniobra va contra nuestra Compañía!

—Veo que cada vez, usted se reafirma en que se trata de crímenes.

—Casi estoy por afirmarlo, Mark. ¡El tiempo lo dirá!

Capítulo VII

EL tiempo, y la autopsia del cadáver de Bruce Cooper, dieron su dictamen. Y el terror agarroto aún más a los habitantes de la pequeña isla de Upululu.

La policía y las autoridades del pequeño Estado independiente de Samoa anunciaron por medio de su forense:

—Los análisis indican veneno… Y en su pie derecho hemos localizado una pequeña señal, como si le hubiese mordido un reptil.

—¡Imposible! —rechazó con toda su energía habitual Souli-Kandra —. No hay serpientes venenosas en toda la Polinesia. ¡Y muchos menos en las playas de Upululu!

—Pues puedo asegurar que Bruce Cooper murió envenenado. ¡Eso le causó el fallo cardíaco!

—¿Y qué nos dice de Quinke Jones?

—Cabe suponer que murió de lo mismo. En todo caso, para mayor certeza, tendríamos que exhumar su cadáver.

—Para eso tendrá que intervenir el cónsul americano —opinó el inspector Naki-Olongo.

—¿Tenemos consulado en Samoa, inspector?

—Sí, Alteza —confirmó el policía nativo.

—¡Que venga! Si se trata de asesinatos… ¡Ustedes tienen que descubrir al culpable!

—Me temo que será un caso difícil, Alteza. Tenga en cuenta que Samoa es un pequeño Estado, no hace mucho independiente. Nuestros medios y métodos no son los más eficaces y…

—Haga lo posible, inspector. Puede tratarse de una confabulación internacional contra nuestra compañía de petróleo y disponga de nosotros en cuanto necesite.

—Lo haré, Alteza.

No obstante, el inspector Naki-Olongo prefirió no airear los descubrimientos de los médicos y sus análisis a la ávida curiosidad de los habitantes de la isla, en espera de descubrir más datos que reafirmasen que se trataba de asesinatos.

Pero no tuvo que esperar mucho porque, al día siguiente, le tocó el tumo a la señora Gertrude Robinson, viuda de setenta y dos años de edad, también rica accionista de la Latus Oil Company, que fue

encontrada en el cuarto de baño de la habitación del hotel, al parecer muerta de otro fallo cardíaco…

Tanto el médico del hotel como el enviado con el inspector desde Samoa, dictaminaron lo mismo examinado el cadáver:

—También ha sido mordida por una serpiente venenosa en la pantorrilla. ¡La señal está fresca en este caso!

Ya no había ninguna duda, aunque el misterio seguía y las conclusiones policíacas tuvieron que hacerse públicas.

Indiscutiblemente, uno o varios asesinos que utilizan serpientes venenosas para cometer sus crímenes, automáticamente se convierten en «algo» realmente amenazador para cualquier comunidad civilizada. Pero si esto ocurre en los estrechos límites de una pequeña isla, tal amenaza pasa a ser una horrible pesadilla. Algo monstruoso que aterroriza, paralizando el desenvolvimiento normal de cualquier comunidad.

Y eso es lo que ocurrió en Upululu, cuyo único periódico, el *Gazette*, salió a la venta relatando en primera página aquella horrible historia de terror. Y fueron inútiles los intentos del inspector Naki-Olongo y de sus dos policías uniformados, para atajar aquella oleada de pánico colectivo porque, día a día, los rumores aumentaban no dejando lugar a dudas de la clase de sombra amenazadora que pendía sobre todas las cabezas.

La primera medida sería que tomaron las autoridades de Samoa fue ordenar al inspector Naki-Olongo que nadie saliese de la isla.

La lectura de estos hechos no resultó muy agradable para los ciudadanos pacíficos que, a la hora del desayuno, en los dos hoteles o en sus casas y aisladas fincas particulares bordeando las soleadas playas, pudieron enterarse de lo que estaba ocurriendo en la isla.

Las mismas plantaciones de azúcar podían ocultar a los asesinos, que posiblemente esperaban agazapados dar otro golpe mortal contra aquellos turistas de la Latus Oil Company, que se despidieron del hotel y se dedicaron a buscar otros alojamientos más seguros, pagando a precio de oro el alquiler de cualquier casucha.

La exigua policía del inspector Naki-Olongo parecía impotente hasta entonces y, por más que él y sus hombres investigaban, registraban y efectuaban descubiertas por las plantaciones, nada encontraban.

También se dedicó la gente a escribir cartas abiertas a la *Gazette*, pidiendo poco menos que la cabeza del inspector Naki-Olongo, a quien no sólo se le acusaba de inepto y de desconocer totalmente su oficio, sino que se le pedía con ásperas palabras que se pusiera bien los pantalones y capturase al asesino, de una maldita vez.

Bueno: estas reacciones colectivas son normales y en el fondo sirvieron, como en la mayoría de los casos, para minimizar los temores buscando una espita de salida, que tranquilizó, en parte, al cada vez más tenue comadreo hasta que, agotado el tema, pareció que las aguas

volvían a su cauce normal.

Pero entonces, como si el misterioso asesino ansiara que volvieran a ocuparse de él, toda la comunidad de Upululu volvió a agitarse en una nueva ola de indecible terror.

El nuevo caso ocurrió en la sala de juego del lujoso casino de la isla, situado entre los dos únicos hoteles de primera de Upululu, a pocos metros de una de las mejores playas y cuando ante la ruleta sacudían su aburrimiento muchos turistas.

El aburrido y displicente George Latus Barby estaba allí probando fortuna con grandes montones de fichas de todos los colores, cuando junto a él Long Tachy lanzó un alarido de dolor y al poco caía de bruces sobre el tapete verde.

No pudo exclamar nada más que:

—¡Ay! ¡Mi… pierna!

El revuelo fue general entre todos los elegantes asistentes y el mismo alarmado

croupier exclamó a su vez, interrumpiendo el juego:

—¿Qué pasa, señores?

Muchos se levantaron precipitadamente empezando a alejarse de la ruleta, con la excusa de que deseaban probar fortuna en otros juegos de la gran sala. Pero George Latus Barby se apresuró a lanzarse sobre su amigo y compañero, aterrado al comprobar que el rostro de Long Tachy empezaba a perder el color.

—¡Un médico, por favor! —pidió.

Otros se acercaron también a ellos, interesándose por lo que le ocurría al elegante caballero que no levantaba su frente de la mesa de juego, mientras bajo el negro smoking, sus hombros se agitaban en convulsiones que, al fin, le llevaron a la muerte.

La figura siempre elegante e imponente de su Alteza Souli-Kandra, acompañada de su hermosa sobrina Miriam, también destacó acercándose con su impecable turbante blanco en la cabeza y la verde esmeralda que lanzaba destellos y refulgía por la luz de las afiligranadas arañas de cristal tallado.

Sí: todo estaba ocurriendo a plena luz y ante muchos testigos.

Cojeando y apoyándose sobre su moderna muleta de metal, el hindú también se interesó, abriéndose paso hacia la larga mesa:

—¿Qué le ha ocurrido al señor Tachy, señor Barby?

—Me… me temo que ha muerto, Souli-Kandra.

El silencio que siguió fue alterado por la voz de Mark Joley que se puso a advertir muy excitado:

—¡Cuidado! ¡Apártense todos! ¡El reptil aún debe rondar por aquí y es mortal! Nadie preguntó a qué se refería, pero todos comprendieron.

Como poseídos nuevamente por el terror, hombres y mujeres

volvieron a correr en su pugna desesperada por alejarse de la ruleta, incluyendo a George Latus Barby y al mismo Souli-Kandra y su sobrina Miriam, que se puso a gritar histéricamente.

El hombre asesinado quedó solo, siempre sentado en la silla y caído de bruces sobre la mesa de juego.

Sólo Mark Joley se acercó a él, inclinándose hacia las piernas de la nueva víctima, con una navaja en la mano derecha, atenta también la izquierda para un posible ataque del pequeño reptil.

Sólo cuando el joven levantó una de aquellas piernas, bajo el pantalón y lanzándose como una exhalación hacia sus manos, apareció una pequeña Naja y pretendió morder.

Mark Joley tuvo suficientes reflejos para evitar al reptil y a su vez lanzar un golpe feroz con la navaja que esgrimía. De un sólo tajo acertó a cortar la cabeza el venenoso ofidio ante una exclamación general, llenándose en el acto de murmullos y comentarios la gran sala del Casino.

Los más prudentes —o miedosos— siguieron sin acercarse al ver que, aún sin cabeza, el cuerpo del reptil continuaba moviéndose como agitado por un ataque de epilepsia, hasta que quedó quieto sobre el parquet encerado de madera.

Sólo entonces el índice y el pulgar de la mano derecha de Mark Joley empezó a alzar el pequeño cuerpo viscoso, al par que esparciendo la vista preguntaba:

—Bien, señores… ¿Pertenece a alguno de ustedes este «bichito»?

Aterrada, dando un respingo hacia atrás, Miriam buscó el contacto del cuerpo de su tío al exclamar:

—¡Oh! ¡Es una boa!

Mark Joley sonrió al encararse con la bella y elegante joven.

—No es una boa, señorita… ¡Pero sí muchísimo más peligrosa! Iracundo, Souli-Kandra objetó;

—¡Aparte eso, Joley! ¿Quiere aterrar a mi sobrina?

Mark Joley continuó, ante la atención general y ahora señalando al cuerpo de Long Tachy:

—Vean lo mortales que son sus efectos. ¡Ese hombre está muerto!

—Que alguien llame a la policía —pidió Souli-Kandra—. Si es posible, el inspector Naki-Olongo, por favor. Yo ando cojo y…

—¡Magnífico, Alteza! —aprobó Mark—, ¿Pero qué tal si mientras viene vaciamos todos nuestros bolsillos?

—¿Para qué, joven? —dijo uno de los presentes.

Volviendo a alzar el cuerpo sin cabeza del pequeño reptil, les intentó aclarar:

—Se trata de una Naja, género de reptiles ofidios muy venenosos, de la familia de los elápidos, llamados vulgarmente cobras, serpientes de

anteojos y serpientes toca, que comprenden varias especies, y al que pertenece la *naja haje* o áspid de Egipto o de Cleopatra, y la *naja tripudians* o «cobracapelo», serpiente de anteojos muy común en Asia. Fíjense bien en esa cabeza que he cortado: verán que tiene los dientes surcados para dar salida al veneno, la cabeza con placas, y las primeras costillas de tal modo dispuestas que pueden dar al cuerpo, seguidamente después de la cabeza, la forma de disco.

—¿Es usted especialista, joven?

—No… Pero les aseguro que un «bicho» así es muy peligroso y no puede llevarse bajo la manga o simplemente en un bolsillo. Es preciso que un recipiente o cosa análoga para ocultarla y mantenerla allí, hasta que…

La llegada del inspector Naki-Olongo con sus dos policías uniformados reclamó la atención general. Y su decisión fue idéntica a la de Mark Joley.

—Lo siento, pero todos deberán ser registrados.

—¡Oh! ¿Yo también, inspector? —empezó a protestar Miriam, nuevamente buscando protección en su tío.

—Las mujeres también, señorita.

Sonriente, con un gesto de la mano que seguía sujetando el cuerpo del pequeño reptil, Mark Joley la animó:

—Ya lo ha oído, Miriam… Las damas primero. Las empleadas del Casino las registrarán.

—Tiene usted mucho interés en esto, señor Joley.

—Tanto como su tío. ¿No es verdad, Alteza?

—Tanto o más que usted, Mark. Pero no me explico cómo esa clase de reptil… Se interrumpió al oír que el inspector indicaba:

—Pueden ir pasando a esa habitación, señores… ¡Y desnudos del todo! Apoyándose en un brazo del joven y en la muleta, Souli-Kandra invitó:

—Vamos, Mark: seremos los primeros. ¡Hay que facilitar la labor al inspector! Y empezó el minucioso registro.

Capítulo VIII

O había para ponerse a llorar, o para echarse a reír.

Mark Joley prefirió lo último porque, en realidad, todos aquellos señorones no lo parecían tanto a pelo vivo, muchos de ellos mostrando las carnes fofas de sus cuerpos, las manos cruzadas tímidamente ante sus ingles y con gestos y caras de circunstancias.

Menudeaban las protestas y las exclamaciones de los que se sentían humillados y ofendidos, sobre todo por un inspector de policía que ni tan siquiera era de raza blanca.

—¿Qué se puede esperar de un salvaje polinesio? —apuntó un anciano, que daba rienda suelta a su enfado por haber perdido en la ruleta.

—La idea fue de ese joven —indicó otro.

Mark Joley se sintió aludido, pero no perdió el humor. Y se encaró con ellos bromeando:

—¿Qué le pasa, caballero? ¿Les molesta que les vean el ombligo?

—No volveré más a este Casino.

—¡Ni yo!

—rúes tendrán que ir a jugarse los cuartos a otra de las islas. ¡En Upululu no hay más que éste!

—Desde que llegó el grupo de ustedes, nadie ha vivido tranquilo aquí, joven.

—Ni jamás hubo reptiles por estas islas.

—Eso lo sé: me he pasado dos días metido en la biblioteca. Pero alguien ha debido traerlos, amigo.

—¿Cómo, joven? ¿De qué manera?

—Me gustaría poder contestarles, señores. ¡Pero ya vieron al que maté!

—Pudo morder a cualquiera de los muchos que estábamos allí.

—En eso se equivocan: el asesino busca a su víctima. Long Tachy también era de nuestro grupo: accionista de la Latus Oil and Company.

Acercándose, también desnudo y apoyándose en su muleta, Souli-Kandra recomendó al joven con un siseo:

—Deje de comentar todo eso con esos hombres, Mark. No le aclararán nada.

Y luego, fijándose también en el cuerpo desnudo de Mark Joley exclamó, incapaz de contenerse:

—¡Esto es humillante!

—Pero preciso, Alteza; nuestras ropas deben ser bien registradas.

—¿Y qué espera encontrar el inspector?

—No sé… Pero de él es la responsabilidad.

—Y ahora, ni tan siquiera se puede salir de esta maldita isla.

—No crea que eso no les perjudica a ellos también, Alteza. Tampoco dejan entrar y eso merma sus ingresos por turismo.

—¡Perra suerte! Debía quedarme cojo el día que fui a su agencia de viajes.

—Ya lo está. ¿Qué tal esa rodilla, Alteza?

—¡Mal! Cada día me duele más.

—¿Se hizo una radiografía?

—Ni pensé en ello, con todo lo que está pasando.

Según les iban devolviendo las ropas empezaban a vestirse y, en un momento dado, «sin querer», el codo de Mark Joley «tropezó» con el gran turbante blanco de Souli-Kandra, que también dejó su afeitada cabeza al descubierto.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, con intensidad.

—¡Oh, perdone, Alteza! Tropecé y…

—Lo hizo intencionadamente, Mark. ¿Qué pretende?

—¿Por qué dice eso, Alteza?

—Mírelo bien… Puede registrarlo usted mismo si quiere… ¡En mi turbante no hay nada!

—Pero yo… yo…

—¡No mienta, Mark! Usted pensó que podía esconder algún recipiente o resorte en él.

¡Puede examinarlo!

—¿Insinúa que sospecho de usted?

—¡Lo afirmo! Usted nunca me ha aceptado como amigo.

—Le aseguro, Alteza, que…

—¡Y deje de llamarme «alteza»! El respeto no se muestra con palabras, joven… sino con las actitudes.

—Le pido excusas… Repito que mi codo tropezó con su turbante al alzarle para ponerme la camisa y…

La tirantez creada quedó atenuada cuando uno quiso saber:

—¿Nos detendrán a todos?

—¡Qué barbaridad, hombre! No tiene derecho a hacerlo.

—Ni pueden. En esta isla no hay cárcel.

—Pero pueden trasladarnos a la capital.

—¿Llevarnos a todos a Samoa? No lo creo, señores. El inspector

Naki-Olongo apareció anunciando:

—Pueden irse.

Un alivio general corrió entre todos los presentes, y Mark Joley fue retrasándose intencionadamente. Cuando llegó ante el cansado y abrumado policía se interesó:

—¿Qué, inspector?

—¡Nada! Absolutamente nada sospechoso.

—Pues ya vio el reptil. ¡Tuvo que salir de alguna parte!

—Cierto, pero… ¿De dónde? Lo han llevado para analizar. Me han dicho que usted entiende de esos «bichitos».

—No lo crea, inspector.

—Pues casi les dio una «conferencia» sobre las najas y sus variadas especies.

—Estudié sobre eso en la biblioteca. La nuestra seguro que es una *naja tripudians*, de la especie más pequeña… ¡Pero más venenosa!

Salían del Casino a la noche y Mark Joley prosiguió:

—Su veneno es tan activo que en medio minuto llega al corazón y lo colapsa.

—Jamás hubo reptiles así por aquí. ¡Ni en toda Polinesia!

—Son oriundas de Asia: concretamente abundan en la India.

Al nombrar aquel país los dos hombres se miraron. Los ojos del polinesio Naki-Olongo eran inteligentes y vivos, con un brillo especial de dureza que a Mark Joley le hicieron pensar que cuando aquel policía se enfadase debía ser implacable y terrible.

—¿no es de la India su Alteza Souli-Kandra? —quiso confirmar al fin.

—Sí, es hindú… ¡Y de las castas altas, privilegiadas!

—Sí, es poderoso y rico.

—Eso a mí me importa un higo —manifestó Mark. Ya entendiéndose a la perfección, el policía propuso:

—¿Se encarga usted de él, Mark? Yo necesitaría una orden de registro y eso puede tardar. Ahora se ha mudado a una mansión de alquiler, instalándose allí con esa mujer.

¡Y con vigilantes nativos!

—Miriam es su sobrina… O al menos eso dicen los dos. También han abandonado el hotel, por miedo a que les pase algo a ellos.

—Tenga cuidado, Mark.

—No tema, Naki: haremos las cosas bien.

—¡Ya lo tengo! Mañana mismo les cito a todos a mi despacho y así usted podrá echar un vistazo a esa finca.

—¡Buena idea, inspector! Claro que, como queda lejos, necesitaré un coche.

—Puede alquilar uno: hay muchos para los turistas.

—Bien, amigo. ¿Me lleva ahora al hotel?

—Encantado, Mark. ¡Y no sabe cómo le agradezco su colaboración!

* * *

Cuando la *Gazette* publicó que el último asesinato se había cometido en el Casino, justamente en la persona de Long Tachy cuando jugaba a la ruleta, los resultados no se hicieron esperar: esta vez la reacción pública adquirió las más altas notas de histeria.

Aparte de los insultos y las cartas abiertas al periódico, el inspector Naki-Olongo recibió un auténtico diluvio de denuncias anónimas que indicaban que tal o cual habitante de la isla tenía reptiles en su casa, bien escondidos.

Con todo esto los ánimos se excitaron hasta el máximo y aparte de empezar a perder la isla su prestigio turístico, ocurrieron casos realmente graciosos, que pudieron terminar en tragedia. A un mozo de entrega de color unos bromistas le colgaron del cinturón un trozo de correa vieja a guisa de culebra que se arrastraba tras él, y los que le vieron así la emprendieron a palos con él.

En vano pretendió aclarar que él no sabía nada, ni era el bromista.

El Gobernador de la isla Upululu, nativo de distinguidos modales y probada eficacia, se desesperaba pensando en la catástrofe que había caído sobre su isla, Si con todo aquello el turismo se detenía y muchos millonarios alzaban el vuelo una vez se les permitiese salir de allí, no entraría un solo centavo en las arcas municipales, por mucho sol y doradas playas que siguieran ofreciendo.

El sol y las playas estaban muy bien, sí, pero… ¿Cada hotel y cada casa no tenían que ser ahora vigilados y protegidos como verdaderas fortalezas? ¿No podía aparecer uno de esos venenosos reptiles en cualquier parte? ¿No había surgido uno en la sala principal del elegante y lujoso Casino, atestado de gente?

El Gobernador de Upululu llamó al inspector Naki-Olongo y le dijo:

—Tiene usted carta blanca, inspector.

—Excelencia… ¡Necesito más hombres!

—Dispone de dos agentes.

—¿Y qué hago con eso, señor? En circunstancias normales sabe que sobran, pero ahora…

—Bien, llamaré a la capital.

—Gracias, Excelencia.

Con los amplios poderes concedidos, el inspector Naki-Olongo se puso a trabajar de firme. Citó a su despacho a todo aquel que le pareció, poniéndose antes de acuerdo por teléfono con Mark Joley, quien a su vez se ponía a registrar por su cuenta la casa— habitación de hotel o

vivienda del sospechoso.

Se limitaba a buscar algo que pudiese estar relacionado, de alguna manera, con reptiles. Recipientes, cajas, resortes, en cualquier escondrijo donde el asesino los pudiese guardar.

Si las *naja tripudians* jamás se habían dado en Upululu, ni en toda Polinesia, la que él mismo había tenido que matar forzosamente debió ser traída de alguna parte. Y lo que también interesaba era saber por quién.

Ahí estaba la incógnita del problema.

Mark Joley también trabajó aquel día de firme, sin descanso, sin concederse tregua, jugándose el pellejo en aquellos registros furtivos que, naturalmente, centró en los accionistas de las Latus Oil Company porque hasta entonces el asesino misterioso había buscado entre ellos a sus víctimas.

¿Pero cómo diablos conseguía que los venenosos reptiles atacasen, precisamente, a la víctima que él elegía? Y eso en medio de tanta gente, tanto en la playa como en la gran sala del Casino.

—Tiene que emplear algún método ingenioso que resulta infalible —se dijo.

Capítulo IX

HOMBRE inteligente y de ilimitados poderes económicos, Souli-Kandra había buscado un lugar seguro alquilando una finca en el interior de la isla, para sentirse más seguro que en el hotel y junto a las playas donde, tal como comentaba ya la gente, parecía que la muerte tomaba el sol y atacaba cuando menos se esperaba.

La mansión estaba rodeada por un alto muro y amplio jardín y, naturalmente, Mark Joley no fue a buscar precisamente la entrada enrejada; dejó el vehículo alquilado bastante lejos y prefirió acercarse a pie al amparo de las sombras dé la noche.

Cuando se encontró frente al alto y recio muro de ladrillos rojos, se dijo que no podría salvarlo. Calculó que había la posibilidad de acercar el coche hasta allí, para, subiéndose sobre el techo del vehículo, intentar saltar al otro lado.

«No… Eso, no —se corrigió la intención—. Si hay vigilantes en el jardín, el ruido del motor los pondría en guardia.»

Recordó que, cuando era jovencito, había saltado más de una tapia. La técnica era bien sencilla: tomar una buena carrerilla y en el último instante saltar con todas las fuerzas, apoyando las plantas de los pies sobre el muro y gatear por él con la inercia del impulso, en intento de aferrar las manos en la parte superior. El resto se trataba de elevar el cuerpo a pulso, hasta conseguir pasar una pierna y luego deslizarse a la otra parte.

Lo probó y lo consiguió a la tercera intentona.

«¡Adelante!», se animó, una vez en el interior, ya pisando el cuidado jardín.

Pero sólo había avanzado unos pasos medio ocultándose entre los macizos de rosas, cuando el ladrido inconfundible de un perro le alertó del peligro. Calculó que debía ser un animal poderoso y decidido a defender la propiedad que le confiaban y los ladridos cada vez se acercaban más.

Mark Joley no tenía ni la posibilidad de huir. Volver a correr para nuevamente saltar el muro, resultaría tan peligroso como plantarle cara al perro. Velozmente se quitó la americana, la enroscó en su antebrazo izquierdo y en su mano derecha apareció la navaja que ya había utilizado una vez en el casino.

Cuando aquel enfurecido «pastor alemán» se lanzó sobre él, Mark Joley ya estaba dispuesto a la desesperada lucha. Adelantó el brazo izquierdo y, a través de la chaqueta enroscada en él, sintió la poderosa mandíbula haciendo presa. No perdió ni una sola fracción de segundo y a su vez atacó con decisión, buscando con la navaja el cuello del animal una y otra vez.

«Lo siento, pero es… ¡o tú o yo!», se animó jadeante.

Ni aún herido mortalmente el perro soltó su brazo, por lo que tuvo que seguir hundiendo la navaja en aquel cuerpo peludo y palpitante.

Cuando Mark Joley se incorporó, los aullidos lastimeros del pobre animal le indicaron que estaba en la agonía. Y por tener piedad de él, con decisión le buscó el corazón para que dejase de sufrir.

Nuevamente se incorporó, y entonces comprendió que tendría que enfrentarse con los guardianes: dos hombres salieron de la casa y uno de ellos advertía a su compañero:

—¿No has oído a «Zar»?

—Sí. Ladraba por allí.

—Vamos a ver lo que pasa.

—Algún ladrón, quizá…

Medio escondido entre los arbustos, Mark Joley a su vez pensó:

«¡Vaya…! Dos perritos más… ¡Pero de dos patas y con rifles!» Por fortuna le dieron la idea al oír que la misma voz indicaba:

—Tú mira por ahí. Yo voy al otro lado.

—Está bien.

Siempre agazapado, casi avanzando a «cuatro patas», Mark Joley se puso a tomar la dirección del primero y saltó sobre él así que le buscó la vuelta situándose a su espalda. Le golpeó en la nuca con las dos manos juntas, para, antes de que se desplomase, propinarle un golpe de karate en la raíz del cuello con el canto de su mano derecha.

El nativo se hundió en el país de los sueños.

Apartó el rifle con el pie, se inclinó sobre el hombre y se puso a rebuscar en sus bolsillos. Unos minutos después y también sirviéndose del cinturón del polinesio, le ató las manos a la espalda y hundió en su boca el pañuelo del vigilante.

Seguidamente se lanzó a la «caza» del otro.

Resultó más fácil porque ahora tenía un rifle y golpeó con su culata. El individuo ni tan siquiera gimió y realizó la misma operación con él: manos atadas a la espalda, su propio pañuelo hundido en la boca y camino libre para colarse en la casa.

Casi estaba esperanzado que allí encontraría una buena colección de venenosas *naja tripudians.*

Cuando penetró por una de las ventanas de la planta baja, encendió la linterna para no tropezar con los muebles y orientarse en su

búsqueda, volviendo a animarse: «Piensa, Mark… De tener serpientes venenosas, ¿dónde las esconderías?»

En un recipiente bien seguro, por supuesto, para que no sorprendieran mortalmente a su propio dueño. Alguna caja metálica con resorte: posiblemente un cofrecillo: algún tubo largo y metálico…

De pronto, alguien encendió la luz y la sala quedó totalmente iluminada.

Antes de que el alarmado y sorprendido Mark Joley terminase de girar la cabeza, ya sabía quién le había dado la sorpresa. La voz melosa e inconfundible de Miriam se burlaba a sus espaldas:

—Si busca algo, necesitará más luz, señor Joley…

El intruso procuró no perder la calma y a su vez dijo con una pretendida galantería a la mujer que le apuntaba con un revólver:

—¡Vaya! Ansiaba volver a verla, Miriam.

—¿De veras, «amigo»?

—Sí, sí… ¡Y está más hermosa que nunca! Con esa linda camisita parece una…

—¡No me diga que vino por mí, señor Joley!

—¿No lo cree? Pues le diré que un hombre enamorado es capaz de todo y…

—¡Basta de pamplinas! ¡Y tire esa linterna, el rifle y la navaja! Obedeció a la bella mujer, pero no sin anunciar:

—Bueno, en realidad buscaba una pequeña víbora y si usted…

—¡Pagará este allanamiento de morada, señor Joley! ¿Cómo consiguió llegar hasta aquí?

—¡Ya lo ve! Al amor no hay nada que lo detenga.

—¿Qué hizo del perro y los dos vigilantes?

—Pues… No me va a creer. ¡Pero no encontré a nadie! En aquel instante, alguien llamó a la puerta.

El gesto de la mano armada de Miriam fue más que elocuente y Mark Joley se desplazó hacia donde le m— dicaba, mientras ella abría. Los dos vigilantes nativos estaban allí, y no precisamente con caras de buenos amigos. Aunque sonrieron siniestros cuando la mujer indicó:

—¡Dadle una buena lección!

—Encantados, señorita… ¡Ya le enseñaremos a atacar por la espalda!

Mark Joley recibió el primer golpe en pleno mentón, casi derribándole. Quedó medio aturdido y quizá por eso no sintió tanto el dolor del segundo puñetazo en el estómago. Y, seguidamente, otro en el rostro y un cuarto en el cuello.

Cuando ya se desplomaba, recibió un patadón asesino en el costado que le hizo aullar. Habrían seguido ensañándose con él sobre el suelo, de no ordenar la mujer:

—Arrojadle fuera… ¡No quiero basuras aquí!

¿Qué podía hacer ante aquel par de brutos?

Mark Joley dejó pasivamente que cargasen con él, tomándole por los tobillos y bajo los sobacos para cruzar el jardín. La misma Miriam se dignó abrir la alta puerta enrejada y hasta le anunció, cuando ya le arrojaban los dos vigilantes al polvoriento camino:

—Perderá su empleo, señor Joley. ¡Mi tío se cuidará de eso!

¿Quién pensaba ahora en su empleo en la agencia de viajes? Lo único que acudió a la mente del hombre castigado fue musitar, al quedar tendido y dolorido allí:

—¡Uf! ¡Golpean duro esos tipos!

Fue a incorporarse, pero el dolor del costado le indicó que ya no tenía ninguna prisa. Se quedaría sentadito allí, hasta sentirse recuperado del todo.

Pero entonces ocurrió otro imprevisto.

Vio parpadear los faros de un coche que se acercaba a la entrada de la finca, y cuando el vehículo paró su chófer descendió para llamar al timbre. El hombre uniformado, le vio sentado allí y le miró perplejo y sin saber qué pensar. Se quitó la gorra y se puso a rascar— se el cogote, porque no era normal que un hombre de raza blanca, en mitad de la noche estuviese allí y de aquella manera.

Mark Joley sólo tuvo reflejos para saludar:

—¡Hola!

Pero al instante tuvo que prestar atención al otro hombre que bajaba del coche: era inconfundible por su gran turbante blanco sobre la cabeza y Souli-Kandra también se extrañó:

—¿Qué hace aquí?

—Ya ve. ¡Descansando!

—¿Algún problema, Mark?

—No, no… ¡Un simple «saludo» de su sobrina!

—Pues a mí y a otros más nos citó el inspector y… ¡Me extrañó no verle allí, Mark! Y al instante ofreció, cuando el joven ya se levantaba:

—¿Quiere entrar? Le ofreceré un trago.

—No… No, gracias, Alteza… ¡Otro día será!

—Como quieras, Mark.

Fue alejándose y con la mano alzada saludó:

—Buenas noches, Alteza… ¡Nos veremos!

Buscó el coche que había alquilado y llevado hasta allí y cuando estaba ante el volante musitó:

—Me trago un zapato si ese maldito hindú no tiene algo que ver con los asesinatos… Conducía con sensación de fracaso. No había encontrado nada en particular en los otros registros furtivos y en la casa

ahora habitada por Souli-Kandra y su expeditiva sobrina Miriam sólo había conseguido una buena tunda.

Toda una «ensalada» de golpes.

Quienquiera que fuese el que utilizaba las serpientes venenosas las ocultaba bien.

—¿Y qué le digo ahora al inspector? —se preguntó.

Capítulo X

—¿TUVO suerte, Mark? ¿Encontró algo?

—Sí, inspector. ¡Una buena zurra!

—¿Quién le golpeó?

—Olvide eso, inspector. Pero tiene que conseguir una orden de registro para la finca que ahora ocupa Souli-Kandra. ¡Esas pequeñas serpientes tienen que estar allí!

—¿Cree que tiene más?

—¡Sí! En alguna forma las lleva en un recipiente apropiado, que abre cuando está cerca de la víctima. El «bichito» sale, por el olfato busca a su presa… ¡Y ataca!

—¿Usted cree, Mark?

—Sí… Los hindúes son muy aficionados a estas cosas.

—¿Dijo por el olfato?

—Sí, inspector: también estuve en el depósito y examiné el cadáver de Long Tachy. ¡Olía de una forma especial!

—¡Es curioso! Cuando murieron Quinke Jones y Bruce Cooper, recuerdo que también olían a algo raro…

—¿A aceite de langosta, quizá?

—¡Sí! Eso es. ¿Cómo lo sabe, Mark?

—La última víctima, Long Tachy, olía igual. ¡Y a las pequeñas *najas tripudians* les encantan las langostas!

—Puede, pero… ¡Estamos en Upululu, no en la India!

—No importa, inspector. Le explicaré mi teoría: el asesino ha traído una buena colección de esos bichos venenosos. Los mantiene encerrados y pasan hambre. Cuando suelta uno, va directo y ataca al que huele a aceite de langosta y, al morderlo., ¡lo mata con su veneno!

—Bien, Mark, pero… ¿Cómo consigue el asesino impregnar a la víctima de ese olor? ¿Y dónde lleva los reptiles, hasta que los suelta?

—Dos cosas más que hay que averiguar, inspector. Mark Joley miró la hora en su reloj y añadió:

—Es tarde y necesito una buena ducha y descansar.

—Usted sigue en el hotel, ¿verdad?

—Sí: ni Nori ni yo tenemos dinero para alquilar fincas lujosas.

—Otra cosa, Mark. ¿Qué me dice de George Latus Barby? ¡No me

gusta ese tipo!

—Podría ser también el asesino, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Le diré, amigo… George Latus Barby está forrado de millones desde los tiempos de su papá y abuelo. Es un individuo indolente y comodón, incapaz, por naturaleza, de meterse en líos así. Verdad que es el presidente de la Latus Oil Company, pero, o mucho me equivoco, o no es hombre capaz de ambicionar más de lo que tiene.

—Pues yo estoy seguro que todo esto lo mueve millones de dólares. No pierda de vista que, hasta ahora, todas las víctimas han sido ricos accionistas de esa compañía.

—No lo olvido, inspector. Pero cuando atrapemos al asesino, ya confesará qué fines pretendía con todo esto.

—Tampoco hay que descartar a los otros. Muchos de ellos están aterrados. No dejan de solicitar permiso para salir de la isla.

—¿Y qué decide su Gobierno?

—Que nadie saldrá de aquí, hasta que esto se aclare.

El inspector Naki-Olongo se puso a revisar algunos papeles, hasta que volvió a opinar:

—No sé… Pero tengo la impresión de que todos esos accionistas de esa compañía fueron reunidos aquí, para que el o los asesinos puedan disponer de ellos a su antojo. ¡Cómo traídos a una ratonera!

—Otra razón para sospechar de Souli-Kandra. ¡Fue él quien se presentó a nuestra agencia de viajes, con la pretensión de alquilar una isla!

—¿Una isla para ellos solos, Mark?

—Eso quería.

—Y usted les reservó los dos hoteles de lujo de Upululu.

—¿Cómo sospechar que ocurrirían esos crímenes, inspector?

—No le culpe de nada, Mark. Pero la jugada del asesino ha sido magistral. En este rincón del mundo sólo nos dedicamos a fomentar el turismo de lujo y poco más. Aquí no tenemos una infraestructura policíaca moderna y eficiente. Carecemos de hombres y medios, porque nunca nos han hecho falta. Nuestros pocos agentes, prácticamente sólo se dedican a dirigir el tráfico y poco más. En la misma capital, en Samoa, nunca ocurre nada en lo que tengamos que intervenir. ¡Calcule usted en una isla tan pequeña como Upululu!

—Sí, claro: sólo tienen el diario la *Gazette* y así las noticias quedan muy amortiguadas.

—Sobre todo, para el resto del mundo, Mark.

—¿Quiere decirme que esta isla es el lugar ideal para cometer asesinatos, inspector?

—Algo así, amigo. ¡Algo así! Estamos en pleno corazón del Pacífico,

muy lejos del resto del mundo. Por otra parte, como no nos interesan los escándalos para no perjudicar nuestro floreciente turismo, por la inercia de las cosas tendemos a taparlo todo, a resolverlo de la forma más rápida y sencilla posible. Apenas hace pocos años que somos un Estado independiente. No deseamos complicaciones con ningún otro país y el asesino debió contar que nos apresuraríamos a certificar esas muertes como simples y causales ataques cardíacos.

El inspector Naki-Olongo hizo una pausa antes de seguir el curso de sus conclusiones:

—Le aseguro que mis jefes lo habrían deseado así, de no empeñarse la señora Cooper en que se hiciese la autopsia al cadáver de su marido.

—Fue muy decidida y valiente esa mujer.

—¡Qué caray! Estaba segura que su esposo no padecía del corazón.

—Sí: ya me dijo que los dos se hicieron un chequeo, antes de emprender el viaje.

—Gracias a ella me interesé más en la investigación y mis jefes tuvieron que darme carta blanca. Pero ahora que estamos metidos en todo este maldito embrollo… ¡Aún no podemos acusar a nadie!

—Usted consiga esa orden de registro. ¡Nuestro hombre es Souli-Kandra!

—La conseguiré, Mark. Y ahora vaya a dormir. ¡Gracias por todo!

Se estrecharon las manos y Mark Joley salió de aquel despacho.

Abajo le esperaba el coche alquilado y se dispuso a ir en él hacia el hotel.

Una buena ducha, la cena, unas copas y quizá, si Nori consentía subir a su habitación… Se lo había ganado, ¿no?

* * *

Pero los deseos eróticos de Mark Joley tendrán que esperar.

Inesperadamente y nada más doblar una esquina, vio que un enorme camión corría veloz hacia él en aquella calleja estrecha, en la que si no se lanzaba del coche moriría aplastado dentro de él.

La distancia se acortaba velozmente y como única escapatoria posible Mark Joley abrió la portezuela y se arrojó rodando por la acera, justo segundos antes de que el poderoso camión embistiera al modelo deportivo.

Fue un choque brutal y estruendoso, llenando de ruidos de chapas e hierros retorcidos la calleja, al ser arrastrado el vehículo deportivo por la marcha del camión, que al fin lo despidió contra uno de los edificios y así pudo seguir su marcha.

Desde la acera, empezando a incorporarse Mark Joley le vio desaparecer por la esquina que él acababa de doblar, y el espectáculo

del coche destrozado le hizo musitar:

—¡Uf!, un poco más y me «cazan»…

No corrió para intentar tomar la matrícula del camión, al pensar que sería robado y nada adelantaría. Por otra parte se sentía magullado y deseaba desaparecer de allí, antes que la gente acudiese para coserle a preguntas.

Se alejó con paso vivo y mientras se sacudía el polvo del traje nuevamente pensó: «No hay duda. ¡Le molesto al asesino!»

Al entrar en el lujoso hotel se acercó al mostrador del recepcionista y solicitó:

—Mi llave, por favor.

—Sí, señor Joley.

El bajito empleado polinesio se la ofreció en unión de un pequeño sobre, que Mark Joley abrió mientras caminaba hacia su habitación de la primera planta. Era de Nori Dawison.

«¿Dónde te metes, bribón?

»Vas a conseguir que acepte las proposiciones del señor Barby.

¡Aunque sean deshonestas!

»*Nori.*»

Mark Joley sonrió: aquella chiquilla siempre amenazándole con plantarle por el primer millonario que le saliera al paso

Pero nada más entrar en la habitación dejó de sonreír. Su fino olfato percibió un olor especial y aleteando nerviosamente la nariz nuevamente habló para sí:

—¡Diablos! Diría que ese olor es… ¡de aceite de langosta!

Se puso en guardia y miró en torno suyo nerviosamente, ansiando descubrir lo que temía. No vio nada anormal sobre el suelo de madera encerada y brillante, ni sobre la mesita de noche o los sillones tapizados, ni tampoco en la cortina corrida del amplio ventanal

Pero, al esparcir la mirada sobre el lecho sí que creyó percibir que «algo» lento, pero sinuoso, parecía moverse con lentitud bajo la colcha.

«Algo» que reptaba bajo la colcha y sobre la sábana…

Sin ver al pequeño reptil, casi estaba seguro de que se trataba de una venenosa *naja tripudians*, dispuesta a lanzarse sobre él en cuanto le brindase la posibilidad.

Mark no estaba dispuesto a cometer tal majadería. Pero debía conservar la serenidad, dominar los nervios y obrar con toda clase de precauciones: ante todo abrir mucho los ojos y moverse con lentitud

acercándose a la cama.

Sus brazos alzaron uno de los pesados sillones tapizados y de pronto, rápido como el rayo y empleando todas sus fuerzas, se puso a golpear con él sobre la cama una y otra vez, aquí y allá, siguiendo los movimientos que percibía bajo la colcha ahora con mayor rapidez y deslizándose de un sitio a otro por toda su superficie.

Ni aun cuando aquellos deslizamientos cesaron dejó de seguir golpeando con el sillón. Una y otra vez sus brazos lo alzaban, para descargar todo su peso sobre la ahora revuelta superficie del lecho. No debía cometer ningún error, no debía precipitarse en comprobar el resultado de su feroz ataque: debía insistir como un loco, aunque derribase la cama, aunque la destrozara por completo.

Al fin, sudoroso y jadeante decidió tirar de la colcha y echar una ansiosa mirada. El pequeño animalejo estaba allí, aplastado y reventado su cuerpo escamoso, su diminuta cabeza totalmente destrozada y manchando la blanca sábana.

Pero ni aún así el hombre se fió.

Su sorda furia contenida quedó suelta y nuevamente golpeó con coraje con el sillón, hasta dejar convertido el venenoso ofidio en una papilla irreconocible sobre la sábana, a la par que bramaba:

—¡Maldita asesina! ¡Maldita, maldita!

Cuando logró calmarse masculló entre dientes:

—Me gustaría saber quién preparó el atentado del camión e intentó esto. Es la segunda que mato… ¡Y espero que no haya una tercera!

Enrolló la sábana, deseando conservar aquella prueba de que habían intentado asesinarle. Pero se dio cuenta de que no podría dormir sobre aquella cama. Esto le proporcionó una excelente excusa y no dudó en descolgar el teléfono, solicitando de la centralita:

—Por favor póngame con la 26. La voz de Nori indagaba al poco:

—Dígame… ¿Quién llama a estas horas?

—Yo, cariño.

—¡Mark!

Pero al instante la reprimenda:

—¿Qué quieres? ¡Me has despertado!

—Te quiero a ti, mi vida.

—Eso ya lo sé, Mark.

—Me refiero a que te quiero ahora, Nori… ¡Ahora mismo!

—¡Oh, Dios! Siempre tan caprichoso e imperativo como siempre.

—Tengo que contarte muchas cosas.

—Ya lo harás mañana, ¿eh, rico?

—¡Han querido matarme, Nori!

—¿Có… cómo dices, Mark? ¿No es una broma?

—¿Broma? —repitió él—. Sube y podrás ver uno de esos pequeños «bichitos» asesinos reventado sobre mi cama.

—¡Sal de ahí ahora mismo, mi amor!

—¿Bajo, Nori?

—Sí, Mark… ¡Baja, baja ahora mismo, mi rey!

Capítulo XI

MIRANDO por el amplio ventanal a la playa, Mark Joley se dio cuenta que, contra lo que era normal, estaba casi vacía. Apenas sombrillas desplegadas, tumbonas y hamacas desocupadas y solamente los más osados y atrevidos tomando el sol.

Era natural: mucha gente había empezado a creer que allí, en aquellas doradas arenas, se ocultaba la muerte en forma de pequeñas serpientes venenosas. ¡Qué absurdo!

Por su turbante blanco que pocas veces se quitaba, distinguió la alta silueta de Souli-Kandra, cubierto con un albornoz también totalmente blanco y su muleta.

Por las trazas, aún le dolía la rodilla.

Mark Joley observó que el hindú parecía discutir animadamente con Hoss Donne, otro de los vicepresidentes de la Latus Oil Company, que en los últimos días se mostraba muy inquieto y era de los que más veces solicitaba permiso para abandonar la isla, hasta llegar a amenazar a las autoridades de Samoa con la intervención de la Embajada norteamericana si se empeñaban en retenerle allí.

Seguro que Souli-Kandra intentaba convencerle para que se calmase.

Más allá, y ella sí que tomando el sol con un reducido bikini que resaltaba su cuerpo escultural, la morena Miriam sentada sobre una toalla procuraba proteger su fina y cuidada piel, poniéndose crema por hombros, brazos, muslos y pantorrillas.

Pese al combate amoroso sostenido con la pasional Nori la noche anterior, ante lo sugestivo de aquel cuerpo, Mark Joley se dijo que no estaría mal bajar también a la playa. Aquella beldad tendría que darle algunas explicaciones sobre los golpes que incitó a darle a los dos vigilantes de la finca.

Y hasta era posible que, con un poco de suerte, «ligase» con ella.

Por experiencia sabía que las mujeres son imprevisibles: si hoy te odian a matar, es muy posible que el día siguiente te amen.

Le sobraba tiempo hasta su cita con el inspector Naki-Olongo y, además, había dejado en su habitación del hotel a Nori, bien dormidita y satisfecha, quizá soñando con los angelitos.

¡O con él!

Sólo con el calzón de baño, una toalla colgando del brazo y unas

sandalias, Mark Joley salió del hotel y caminó por la caliente arena, evolucionando astutamente hasta pasar cerca de Miriam. Y habría seguido en su actitud displicente, si ella no llega a saludar:

—Buenos días, señor Joley.

—¡Ah! Buenos días, Miriam. No la había visto.

—¿No se sienta!

—Iba a bañarme.

—Perdone pero, anoche, fui un tanto ruda con usted.

—No, usted no, preciosa. ¡Aquel par de energúmenos sí!

—Compréndalo, Mark… ¡Usted invadió nuestra casa!

—Olvídelo. ¿Y su tío?

—Anda por ahí hablando con el señor Donne.

Mark Joley extendió su toalla sobre la arena junto a la de la mujer, cuando le informó un tanto disgustada:

—¿Sabe que el inspector Naki-Olongo vino con una orden para registrar la finca?

—¡No me diga!

—No se haga el sorprendido, por favor. Usted lo intentó y, al fracasar, posiblemente se lo pidió a ese simio.

—¿Simio le llama?

—¡Bah! Es lo mismo. ¡Es un polinesio!

—¿Desprecia usted a los nativos, Miriam?

—¡A ése sí! No tiene por qué sospechar nada de mi tío.

—Sea ecuánime, Miriam: un asesino anda suelto y ese hombre es policía. Su obligación es sospechar de todos.

—¿De usted también, Mark?

—¡Mujer! Yo nada tengo que ver con la Latus Oil Company.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Mark Joley contestó con otra pregunta:

—¿Olvida que todas las víctimas eran accionistas de esa compañía? Y cuente usted, por favor: primero, Steve Fischer que se cayó al océano; segundo, Quinke Jones, de un «ataque» al corazón, en esta misma playa, como Bruce Cooper y más tarde en el Casino, Long Tachy. Y no olvidemos a la viuda Gertrude Robinson, que también sufrió otro misterioso «ataque» en su baño.

—Cinco en total —contó ella.

—¿Le parece poco?

—Me parece horrible.

Mark Joley le buscó los ojos tras las negras gafas de sol y exclamó:

—Yo pude ser el sexto, Miriam. ¡Anoche intentaron por dos veces asesinarme! La mujer se quitó las gafas de sol, también le buscó las pupilas y dijo incrédula:

—¿De verdad, Mark?

—Sí… ¡Me dieron dos sustos de muerte!

—¿Pero quién? ¿Quién y por qué intentaron matarle?

Mark Joley se disponía a exponer sus dudas, cuando la voz gutural de Souli-Kandra saludó:

—Hola, Miriam… Buenos días, Mark. ¿Ya hizo las paces con mi sobrina?

—No tuvo importancia, Alteza. Yo invadí su casa… para verla a ella. Alzando su muleta hasta tocarle con ella, el hindú objetó:

—¡Miente! Vino para buscar esos condenados reptiles. Igual que hoy ese policía. ¡Usted le envió!

—¿Y los tiene usted, Alteza?

Se había ido acercando a ellos el ceñudo Hoss Donne y, también apuntándole con su muleta, Souli-Kandra replicó:

—Escuche bien, Mark: no tengo ningún interés en que vayan muriendo los accionistas de la Latus Oil Company. ¡Yo mismo venderé todas mis acciones al señor Donne!

—¿Y eso por qué, Alteza? ¿No les van las cosas muy bien, en el aspecto económico? Interviniendo, Hoss Donne objetó:

—Cosas de la compañía, señor Joley. ¡No le interesan!

—Bien dicho, Hoss. Y sepa que su amigo policía, no encontró nada sospechoso en mi casa.

—Me alegro, Alteza.

—No, Mark, no… Usted no se alegra —volvió a rechazar—. Nunca le caí simpático y le gustaría poder acusarme de algo.

—¿Qué interés pudo tener en eso, Alteza?

—Usted lo sabrá… ¿Vamos, Miriam?

—Prefiero quedarme, tío —rechazó la muchacha.

—Cómo quieres; pero Hoss nos invita a un paseo en lancha.

—Otro día, tío.

Luego buscó la mirada de Hoss Donne, también excusándose:

—¿No le molesta, señor Donne?

—En absoluto, Miriam; es natural que prefiera la compañía de este joven a la nuestra. Se alejaron los dos, Souli-Kandra ostensiblemente cojeando y apoyándose en su muleta. La blanda arena le hacía andar con dificultad y Mark Joley le dijo a la mujer:

—Su tío debería cuidarse esa rodilla.

—Ya se lo he dicho. Pero está más preocupado por todo lo que pasa.

Luego sacudió su larga melena negra, volvió a ponerse las gafas de sol y tendiéndose sobre la toalla pretendió saber:

—¿Por qué sospecha de mi tío, Mark?

—Nunca dije eso, Miriam-

—¡Pero lo piensa!

Mark Joley no contestó aquella vez, quizá entretenido en admirar el bello cuerpo de mujer que tenía tan cerca de él, allí tendida y mostrando todos sus encantos con aquel breve bikini. A Miriam le halagaron aquellas miradas admirativas del hombre, pero añadió:

—Mi tío sólo quiere vender todas sus acciones y retirarse. ¡Todo esto le está afectando mucho!

—¿Y dejaría su cargo de vicepresidente primero en la compañía?

—Me lo ha prometido. Ya está cansado del mundo de los negocios.

—No le ha ido mal.

—Precisamente por eso, Mark. Tiene lo suficiente para vivir tranquilo.

—¿Y usted seguiría viviendo con él?

Volviendo a quitarse las gafas de sol para poder mirarle mejor a los ojos, Miriam le preguntó a su vez al hombre sentado junto a ella:

—¿Y por qué no? ¡Es mi tío!

—¿De veras Souli-Kandra es su tío, Miriam?

—¡Oh! Es usted un hombre imposible, Mark. ¡Siempre sospecha de todo! Y dando vuelta sobre la toalla le dió la espalda al pedir:

—Déjeme tomar el sol. ¡No quiero hablar con usted! Levantándose a su vez, Mark Joley aceptó:

—Está bien, preciosa. ¡Me daré un chapuzón!

* * *

Tras partir del embarcadero deportivo, la lancha motora seguía alejándose de la playa. El maduro Hoss Donne conducía, pero ni él ni el hombre que le acompañaba daban aquel paseo para disfrutar de la brisa marina y tostar su piel al sol.

Los dos tenían cosas más importantes que tratar y en un sitio así no podían temer a oídos indiscretos. Y fue Souli-Kandra el primero en abordar el problema, librándose del albornoz y apoyándose en la muleta:

—Bien, Hoss… Comprarás todas mis acciones y al poco se las venderás a Ben Abdullah.

—No sé, Souli… ¡Todo esto se ha complicado!

—¡Fue lo acordado! —le recordó colérico el hindú.

—¡Lo sé! ¡Lo sé, Souli! Pero con todos esos asesinatos…

—¿Tienes miedo, Hoss?

—¡Lo tengo! —confesó abiertamente el conductor de la motora.

—¡Pues te aguantas! Ya nada puede volver atrás.

—Es que yo… ¡Yo ignoraba que harías las cosas así, Souli!

—Fue necesario; los muy estúpidos se negaban a ceder sus acciones.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —volvió a repetir el preocupado Hoss Donne—. Pero ir eliminándolos de esa manera…

—¿Y qué importa eso? Además, siempre era mejor que utilizar una pistola. Así siempre les quedará la duda y nunca nos descubrirán.

—¿Y qué pasará, cuando Ben Abdullah tenga la mayoría de las acciones?

—Que fusionará la Latus Oil Company con la Minesota Minig. Sabes muy bien que el resto de pequeños accionistas nada cuentan, no lo podrán evitar.

—Pero eso… ¡Eso hará que en Libia dominen en nuestro petróleo!

—Fue lo pactado, Hoss —volvió a recordarle.

—Pues ahora me niego porque… ¡Oh!

Hoss Donne no fue capaz de seguir objetando más. Su última exclamación se debió a las manipulaciones que Souli-Kandra estaba realizando en su muleta de metal, de la que empezó a salir la cabeza de un pequeño reptil tras moverse el resorte secreto.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a exclamar el aterrado Hoss Donne—. Las… ¡Las llevas en la muleta!

—Así es, querido Hoss… Y usaste una crema para el sol que te recomendé y eso las atrae mucho… ¡Saltará sobre ti y morirás, cobarde!

Hoss Donne había frenado la motora y con movimiento rápido intentó apartarse del sillín, en una fuga tan desesperada como inútil.

Tropezó en su aterrado aturdimiento, medio se cavó, volvió a levantarse y desesperadamente se habría lanzado al mar de no haberle empujado su atacante con la muleta, en el instante que la diminuta *naja tripudians* se lanzaba voraz sobre su piel.

La mordedura del pequeño reptil fue mortal de necesidad… ¡Como siempre!

Capítulo XII

CON la serenidad que da el saber lo que uno lleva entre manos, Souli-Kandra se lanzó en persecución del pequeño reptil.

Intentaba aplastarle con el tacón de goma de su muleta, sin miedo porque él sabía muy bien que, tras el primer mordisco, las *naja tripudians* necesitan unos minutos para volver a segregar el veneno que las hace mortales.

Cuando consiguió triturarla, una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del hindú y sus labios musitaron:

—Ya cumpliste, pequeña… ¡Ahora a preparar la coartada!

Arrojó la muleta con el secreto resorte al mar, sacó otra exactamente igual y, con toda tranquilidad, tras mirar al cuerpo sin vida de Hoss Donne se puso a conducir la motora.

Su regreso al puerto deportivo fue un nuevo motivo de terror para los habitantes de la pequeña isla de Upululu. Miriam y Mark Joley también corrieron desde la playa hacia allí, llegando como otros muchos curiosos cuando ya el cuerpo de Hoss Donne estaba siendo puesto sobre una camilla por los empleados nativos del hotel.

Souli-Kandra volvía a cubrirse con el albornoz blanco y sus explicaciones fueron, señalando al cadáver:

—Ahí tiene al asesino, Mark.

—¿Có… cómo dice?

—Me invitó a pasear en motora, porque tenía esta pequeña caja con una de esas venenosas serpientes… La lanzó contra mí accionando un resorte… ¡Pero milagrosamente pude esquivarlo!

—Comprendo, Alteza… ¡Y le mordió a él!

—Sí, Mark, sí… Hoss Donne fue víctima de su maldad. ¿Quieren examinar esta cajita? Mark Joley aceptó la pequeña cajita de caoba, pero no sin indicar a los muchos curiosos que se agolpaban por allí:

—Por favor… Que alguien líame al inspector Naki-Olongo.

Luego sí se puso a examinar la cajita, aunque volvió a detenerse al oír que Souli-Kandra le decía a su sobrina:

—Vamos, Miriam… ¡Necesito descansar!

—¡Un momento, Alteza!

Medio volviéndose, siempre apoyándose en su muleta metálica, el hindú indagó:

—¿Qué diablos quiere ahora, Mark?

—¿Puedo examinar su muleta?

—¿Para qué?

—Por favor —insistió Mark Joley, su mano extendida.

Souli-Kandra le fulminó con la mirada. Sus ojos intensamente negros brillaban como carbones encendidos; pero allí había demasiados curiosos reunidos a su vez centrando sus miradas sobre ellos y terminó ofreciendo, apoyándose en su sobrina:

—¡Ahí la tiene! Puede examinarla todo lo que quiera. ¡Es una muleta normal! Está hueca para pesar menos, pero podrá ver que no tiene ni resortes ni nada dentro.

Toda la atención de Mark Joley estaba concentrada en la muleta que daba vueltas en sus manos sin encontrar nada anormal en ella, cuando el ofendido y colérico Souli-Kandra volvió a decirle:

—Vamos, hombre. ¡No se detenga! Pártala en dos si quiera. ¡Compruebe si sus malditas sospechas son ciertas!

—Perdone, pero…

—Lo que busca lo tiene Hoss Donne en su habitación, en el hotel.

—¿Quiere decir que…?

—Me lo dijo, antes de intentar asesinarme. ¡Nunca pensó que moriría él y no yo! Mark Joley le ofreció la muleta, pero entonces Souli-Kandra rechazó altivo:

—Quédesela y que la examine también su amigo policía. ¡Ya estoy harto de que los dos sospechen de mí!

—Perdone, Alteza… Usted la necesita para andar y…

—No se preocupe ahora por eso. ¡Me apoyaré en mi sobrina!

Los dos se alejaban, Souli-Kandra con aire triunfante, porque ante muchos testigos había demostrado que las sospechas de Mark Joley sobre él eran infundadas.

El que quedó algo confuso fue Mark Joley. Todos centraban las miradas en él y decidió que lo más prudente era volver al hotel, darse una ducha, vestirse y salir al encuentro del inspector Naki-Olongo.

* * *

Mientras se duchaba, Mark Joley recordó que él había registrado la habitación de Hoss Donne, no encontrando nada anormal allí.

Y ahora resulta que Souli-Kandra aseguraba que Hoss Donne le había confesado, cuando intentó asesinarle en la motora, que los pequeños reptiles venenosos los guardaba en su habitación del hotel.

Su extrañeza aumentó al llegar al despacho del inspector Naki-Olongo. Sus dos agentes ya habían efectuado un nuevo registro en la

habitación que había ocupado Hoss Donne, con el resultado de que ahora si…

—Ahora sí que hemos encontrado eso, Mark.

El joven buscó los ojos del inspector, para hacer luego lo mismo con los dos agentes uniformados. Al fin se decidió y caminó hacia la mesa, donde una caja de laca de unos veinte centímetros de larga por diez de ancha y alta, parecía esperar allí para que él la examinase.

Antes de llegar a tocarla la voz de uno de los agentes advirtió a su espalda:

—¡Tenga cuidado! Tiene un resorte y podría tocarlo y saltar.

—¿Dónde está el resorte?

Naki-Olongo se acercó señalando:

—Aquí… ¿No lo ve, Mark?

—Sí… Ahora sí. Parece un botón y…

—¡No! ¡No lo presione! Esas diminutas asesinas están dentro y…

—¿Qué tal andan ustedes de puntería?

Los tres policías le miraron extrañados, indagando el jefe:

—¿A qué viene eso ahora, Mark?

—¿Qué tal si salimos al patio, yo voy presionando el resorte y según vayan saliendo… ustedes las «cazan»?

—¡Es buena idea, inspector!

—Tú a callar, Muroi… ¡Podría ser peligroso!

—Más lo es que sigan vivitas —apuntó Mark.

—¡De acuerdo! —decidió el inspector—. ¡Pero de una en una!

—Descuide, Naki… Por la cuenta que nos tiene a todos estaré bien al tanto.

—Vamos al patio.

Los tres policías desenfundaron sus pistolas de reglamento, mientras Mark Joley les seguía. Agitó la caja de laca entre sus manos y por el ruido calculó:

—No sé, pero… Ya debe haber pocas.

—Sí… ¡Ese maldito Hoss Donne usó varias!

Mark Joley se situó en mitad del patio y con la caja en las manos anunció:

—¿Preparados?

Los tres policías ya estaban dispuestos a disparar y con sus brazos extendidos volvieron a escuchar la voz de Mark:

—¡Ahí va la primera!

Tres pistolas tronaron casi a la vez así que presionado el resorte el primer pequeño reptil saltó al patio.

La *naja tripudian* materialmente quedó destrozada en pedazos, aunque algunas partes de su cuerpo siguieron moviéndose durante más

de un minuto.

La segunda escapó a los primeros disparos y consiguió arrastrarse por el patio, pero al final también fue «cazada». La tercera siguió la misma suerte de sus compañeras.

Mark Joley siguió inútilmente presionando el resorte, una y otra vez hasta anunciar:

—Se acabó, amigos. ¡Ya no hay más!

—Parece mentira —dijo uno de los agentes—. Tan pequeñas… ¡Y tan venenosas!

—Precisamente ésa es su única defensa —comentó Mark,

—¿Dónde las conseguiría ese Hoss Donne?

—Con dinero se consigue todo, amigo.

—Vamos dentro. Con la declaración de Souli-Kandra y esta caja encontrada en la habitación del asesino, asunto resuelto.

—No sé, inspector… Yo opino que…

—¿Qué le pasa ahora, Mark? Usted mismo me ha dicho que vio en la motora otro de esos «bichitos» y otra cajita más pequeña. Fue la que Hoss Donne utilizó, para también asesinar a Souli-Kandra.

—Bien, pero… ¿Qué me dice del olor a aceite de langosta?

—Explíquese, Mark.

—¿No ha examinado el cadáver de Hoss Donne?

—¡Por supuesto! Los mismos síntomas que los otros.

—incluyendo ese olor… Lo cual demuestra que él también fue «preparado» por el verdadero asesino, para que el reptil le atacase.

—¡Diablos! Ese detalle se me había pasado.

—Pues eso vuelve a conducirnos otra vez a su Alteza.

—Usted mismo examinó su muleta. Nada encontró en ella anormal.

—¡Cierto! En eso metí la pata; pero bien pudo ser él quien llevó la otra cajita a la motora.

—¿Qué podemos hacer, Mark? ¡Todo esto me está volviendo loco!

—Yo le voy a preparar una trampa.

—Tenga cuidado, Mark. Si realmente él es el asesino, está demostrando ser muy astuto… ¡Y peligroso!

—Le prometí ayudarle en esto y voy a seguir haciéndolo, inspector.

—¿No me dice su plan?

—Si usted me lo permite, por ahora no. Aún tengo que atar varios cabos.

—Quédese y seguiremos hablando de esto.

—Lo siento, inspector: me esperan para comer.

—¿Una mujer, Mark?

—¡Blanco! Ya he visto que tiene buena puntería.

Y salió de aquel despacho pensando que, aquellas «vacaciones» que

él y Nori se habían buscado, no estaban resultando nada tranquilas.

Pese a estar en Upululu, la bella isla de la calma y las suaves brisas oceánicas…

Capítulo XIII

MARK Joley volvió a trabajar de firme: tenía sus sospechas y quería confirmarlas, o desecharlas de una vez.

Por eso hizo un extraño encargo en la única tienda de aparatos ortopédicos de la isla. Cuando el empleado le entregó una muleta exactamente igual a la que tan olímpicamente Souli-Kandra le había dejado, deseó saber:

—¿Es lo que pidió, señor Joley?

—Perfecto: veo que siguieron todas mis instrucciones.

Salió a la calle *y*, como le habían destrozado el coche deportivo alquilado, tuvo que tomar un taxi. Dio las señas de la finca alquilada por Souli-Kandra y mientras se internaban en la isla reflexionaba sobre su plan.

Bajó del taxi y ante la verja vio a los dos vigilantes nativos que habían probado sus puños en él. Pero les sonrió y alzando una mano pidió:

—Haya paz, hermanos.

—¿Por qué ha vuelto por aquí?

—Hoy me anunciarán a su Alteza.

—Tiene una visita muy importante.

—¡Me recibirá!

Los dos vigilantes se pusieron en guardia, pero no atacaron aquella vez. Mark Joley parecía cojear de su pierna derecha y se apoyaba en aquella muleta. Al fin uno de los vigilantes decidió:

—Espere aquí, señor Joley.

Minutos después el propio Souli-Kandra salía al jardín y con gesto huraño indagó:

—¿Qué quiere de mí, Mark? ¡Tengo trabajo!

—¿Qué teme, Alteza? Tiene su finca muy vigilada.

—Al grano, joven. ¿Qué desea?

—¿No me permite pasar, Alteza?

—Entre… ¿Pero qué hace con esa muleta?

—Le diré… La encontré en la playa: seguramente que las corrientes la arrastraron hasta allí.

—¡Imposible! En esta isla, la corriente va de la playa hacia el mar.

—De cualquier manera aquí la ve… Y fíjese bien, Alteza. Aquí donde se tiene que apoyar precisamente la mano, tiene un resorte que tapa un pequeño orificio que…

—Esa muleta no me pertenece, Mark. ¡Ya examinó la mía y nada anormal encontró en ella!

—Pero en ésta sí… La arrojó al mar, porque en la motora ya tenía preparada la otra, la que nos mostró a todos cuando se la pedí.

—¿Es que sigue sospechando de mí?

—Le diré más, Alteza… También ocultó en la motora la cajita de laca, para acusar a Hoss Donne de haberle lanzado el reptil que había en ella.

—¡Está loco!

—Y antes había llevado a la habitación de Hoss Donne su bonita colección de reptiles, almacenados y hambrientos en la caja mayor. Así, cuando los agentes la encontraron allí, reafirmaba su acusación contra el hombre que usted mismo asesinó… ¡Como a los otros y la señora Gertrude Robinson!

—¡Bobadas, Mark! Por más que se empeñe en hundirme, jamás podrá probar que esa muleta que trae me pertenece.

—Usted mismo lo confesará, Alteza.

—¡Salga ahora mismo de aquí, o volverán a echarle a patadas!

—¿Y si le digo que de los reptiles que usted llevó en la caja de laca a la habitación de Hoss Donne, metí uno en esta muleta con este resorte?

Al oírle, Souli-Kandra no pudo evitar un movimiento reflejo de instintiva defensa y reculó unos pasos en la habitación. Se puso a mirar fijamente la muleta que el joven le mostraba en sus manos, aunque consiguió pronunciar con voz seca:

—¡No! ¡No lo creo, Mark!

—Pues voy a presionar el resorte, Alteza… El orificio de salida quedará libre… ¡Y bien sabe usted lo que saldrá!

El hindú continuó reculando, cada vez más aterrado hasta que sus espaldas tropezaron con la pared. Mark Joley continuó a su vez acosándole y le apremió:

—Confiese… ¡O morirá como sus víctimas!

—¡No, por favor! ¡No! ¡No accione ese resorte!

Mark Joley aún acercó más la muleta como para cumplir su amenaza, cuando totalmente derrumbado, flexionando las piernas para quedar acurrucado en aquel rincón, se puso a suplicar llevando ambas manos a su blanco turbante:

¡No, por favor, no! ¡No lo haga, se lo suplico!

—¡Pues desembuche!

Parecía mentira, pero el soberbio y siempre altivo Souli-Kandra estaba llorando cuando apartó sus manos y alzó el rostro suplicante.

Mark Joley vio las lágrimas en aquellos ojos y escuchó su voz jadeante que seguía suplicando:

—No… ¡No quiero morir! Me ordenaron hacer lo… Quieren tener todo el control de la Latus Oil Company para cortar el suministro de petróleo a… a…

—¿Quiénes? ¡Hable! —siguió apremiándole Mark.

—Una… una poderosa organización libia… Precisamente ha venido a visitarme Ben Abdullah y él… él…

La puerta del fondo de la habitación se abrió bruscamente y allí apareció un hombre de raza árabe, aunque elegantemente vestido a la europea. Su mano derecha empuñaba una pistola y su voz resultó amenazadora al gritar en perfecto inglés:

—¡Basta, traidor! ¡Y usted échese a un lado, joven! ¡Rápido!

Mark Joley empezó a obedecer, incluso alzando las manos; pero quiso concretar:

—¿Ben Abdullah…?

—¡El mismo! Pero tampoco vivirá para contarlo.

Souli-Kandra se había levantado en el rincón y, nuevamente soberbio, su voz se hizo autoritaria al pedir:

—¡Mátale! ¡Dispara ya!

Pero la reacción de aquel árabe fue muy distinta al puntualizar:

—¡Primero tú, charlatán!

El disparo fue directo al pecho de Souli-Kandra, quien nuevamente volvió a derrumbarse en el rincón, tras recular y chocar su espalda contra la pared.

Fue el instante que Mark Joley aprovechó, consciente de que si iba a morir, prefería hacerlo luchando. Sus jóvenes piernas le catapultaron como un resorte hacia el árabe, que recibió en pleno estómago el impacto de aquel cuerpo fuerte y musculoso.

Los dos rodaron por el suelo, derribando una mesita baja y unos taburetes circulares, enzarzados inmediatamente en una lucha en la que, o se vencía o se moría.

En el momento en que Mark Joley recibía un fuerte golpe en el mentón con la mano armada del rival, ante el ruido del disparo Miriam acudía seguida de los dos vigilantes nativos de la finca.

Mark Joley siempre recordaría que debía la vida a aquella oportuna intervención, porque la reacción del árabe fue disparar su pistola contra los dos hombres que también llegaban con sus armas en las manos. Alcanzó en el hombro a uno de ellos y, veloz como un felino, se lanzó contra el amplio ventanal en su intento de huir por el jardín.

El estrépito de los cristales rotos se mezcló con el certero disparo del vigilante que quedaba en pie, alcanzando al fugitivo en la espalda.

Medio aturdido por el golpe recibido, sentado en el suelo en mitad

de la revuelta habitación, Mark Joley no alcanzaba a comprender todo lo que estaba sucediendo allí. Pero confusamente reconoció que la voz suave de Miriam le preguntaba:

—¿Está bien, Mark?

—¿Eh…? ¿Qué… qué diablos hace usted aquí?

—Oímos un disparo y… ¡Mi pobre tío ha muerto!

—No lo lamente, Miriam… ¡Era un canalla! Desde el fondo de la habitación otra voz le pidió:

—Levántese y ayúdeme… ¡Mi amigo está herido!

Era uno de los vigilantes, que inclinado sobre el otro le invitaba a que le ayudase a ponerlo sobre uno de los sillones. Al fondo y fugazmente, vio al árabe muerto caído en una postura grotesca, con medio cuerpo fuera del ventanal que él mismo había destrozado.

Mark Joley le buscó los ojos al nativo que le había llamado y reconoció sonriente:

—Gracias, amigo… Si un día me zurraron, hoy me salvaron la vida.

—A nosotros nos pagan por guardar la finca.

—Voy a llamar al inspector.

—¡Espere! ¿Sabe algo de heridas?

—Lo bastante para decirle que su compañero vivirá.

—Usted ha sido testigo de todo. ¡No queremos problemas!

—Descuide: ustedes dispararon en defensa propia. Ese tipo les disparó, y además mató a su Alteza… ¡Y me habría rematado a mí!

—Se le está hinchando el mentón —observó Miriam.

—¡Como que me atizó con su pistola, el muy bruto!

—¿Siempre pierde en las peleas, Mark?

La miró de soslayo mientras discaba el número del inspector Naki-Olongo y al fin respondió:

—En las peleas amorosas… ¡Nunca!

—Pues ahora no podrá ni besar durante una temporada.

—¿Ah, no? Le hago una apuesta, Miriam.

—¿Y si acepto?

—Por mí, encantado.

—Por mí, no. ¡Me gustan los hombres con grandes fortunas!

—¿Como su tío?

—No era mi tío.

—Ya lo adiviné. Un monstruo como él, no podía tener una sobrina como usted.

—Pues muchos se lo creían.

—Yo, no… ¿Oiga? Aquí Mark Joley, inspector. ¡Todo resuelto! Hizo una pausa mientras escuchaba, para volver a decir:

—Sí, inspector, sí… ¡Acerté desde el primer momento! ¿Cómo…? Sí,

sí… Es que soy un poco adivino… ¡Ahí Y traigan una ambulancia! ¡Tenemos un herido! al fin colgó y mirando a Miriam deseó:

—Oiga, preciosa… ¿Tienen whisky por aquí?

—¿De qué marca?

—¡Bah! Me conformo con un buen escocés.

—Sígame, Mark.

—¡Estupendo! Me encantan las mujeres que echan traguitos.

—Yo hago más que eso… ¡a veces me embriago!

—¿Tan aburrido resultaba su Alteza?

—¡Bah! No era del todo mal amante… Pero últimamente…

—¡Claro! Estaba muy atareado asesinando a gente por ahí.

—Le doy mi palabra que yo no sabía nada.

—¿Ni lo sospechaba, Miriam?

—No soy policía, amigo. ¡Soy mujer!

—A la vista salta.

—Déjese de insinuaciones: usted tiene novia… ¡Y es muy bonita!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Mucho! Durante la travesía, me hice amiga de Nori.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —volvió a apuntar Mark Joley.

—No sea niño. Le he dicho que sólo me gustan los hombres ricos.

—Usted se lo pierde.

—¡Presumido!

—¡Preciosa!

—Ahí tiene el whisky.

—¿Usted no bebe?

—Ahora, no. El inspector me someterá a muchas preguntas.

—Esto queda lejos: tardarán en llegar.

—¿Quiere otro?

—¿Por qué no? Es excelente. Y nunca es mal año por mucho trigo.

Al ofrecerle el vaso, Miriam le miró a los ojos y permitió que la enlazase por la cintura. Decididamente, aquel hombre era tenaz…

* * *

El reactor cruzaba el Gran Océano y los pasajeros entretenían las horas de vuelo, fijos los ojos en la pequeña pantalla donde se proyectaba la película. Pero a la enamorada Nori Dawison no le interesaba. Ella prefería apoyar su cabeza rubia en su compañero de viaje y musitó: —¿Volveremos a Upululu, Mark?

—¡Ni soñarlo, Nori!

—Es una isla muy bonita, cariño. Soleada, tranquila…

—De «tranquila» nada, nenita. Prefiero hacer el viaje de la luna de miel a Alaska.

—¡Uf, no! Allí debe hacer mucho frío.

—¡Mejor! Así te pegarás más a mí.

—¿Tú crees que el señor Gargil nos dará unos días de descanso?

—Se lo exigiré. Soy famoso, he salido en la prensa y su agencia de viajes ha ganado buena publicidad. ¡Hasta le pediré un aumento!

—¿Y nuestra boda, para cuándo, Mark? Él se puso a mirar al exterior al indicar:

—¡Mira qué nubes tan blancas, Nori!

—No me has contestado, Mark.

—¿No te gustan? Parecen de algodón.

—¿Nos casaremos o no?

—Vamos a mirar la película.

—¡Mark!

—¿Qué, nenita?

—Nada más aterrizar en Son Francisco, le diré al señor Barby que sí.

—¿Qué sí qué, Nori?

—Que sí le acepto. ¡Que me casaré con él!

Mark Joley guardó silencio, para al poco amenazar:

—Cásate con George Latus Barby y te prometo que meto una *naja tripudians* en vuestro pastel de bodas.

—Entonces demuéstrame que me quieres.

—¿Aquí, loca? ¿Cómo?

—¡Besándome!

Mark Joley besó a la mujer que más le apasionaba, encantado de poder hacerlo…

FIN

Si es aficionado a la Ciencia Ficción.
Si le gustan las aventuras.
Si le atraen los mundos insólitos.
Si quiere leer novelas apasionantes.
Si busca invertir bien su dinero.

No lo dude: compre

HEROES DEL ESPACIO

Es una colección de
Ediciones CERES
que no le defraudará
y Vd. será el primero en
recomendar a sus amigos.

COLECCION

tam tam

Aventuras
insólitas
Desenlaces
inesperados
Acción y violencia
Esto es:
tam-tam

ISBN 84-7518-051-5

00034

9 788475 180519

EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona

PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.

Printed in Spain - Impreso en España